

LAS MANOS DE HOLLYWOOD



Lara Talens

Las manos de Hollywood

Lara Talens

Las manos de Hollywood, Lara Talens.

© 2019 Lara Talens

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

www.laratalens.com

Índice

No sabía que tu corazón no tenía forma de corazón

Destino no es el nombre de una stripper

Las manos de Hollywood

El laberinto de Sídney

No sabía que tu corazón no tenía forma de corazón

La abuela de la abuela de la abuela de la abuela de Lava era maestra en la escuela del pueblo. Era una tradición en su familia, todas eran la maestra de la escuela del pueblo. Sin embargo, Lava no siguió esa vía, esa se dedicó a un negocio más lucrativo, pero menos admirable. Y fue justamente allí donde la vi por primera vez.

Me crié en Saskatchewan, en un pueblecito en medio de la nada. Una vez, mis padres salieron a cenar al restaurante y mi hermana se quedó a mi cargo. Yo tenía 11 años y estaba solo en mi habitación. Mientras mi hermana miraba la televisión en el salón con su novio, yo descubrí lo que hace que ser humano sea mágico.

Después de aquel incidente, las chicas empezaron a llegar a mi vida como por arte de magia. Bonnie fue mi primera novia, y me encantaba hacerle el amor. Una vez mientras estaba dentro de ella me dijo que me quería, y yo le dije que yo también la quería. Al día siguiente mientras merendaba con mi amigos Mourad los dos empezamos a reírnos a carcajadas, como dos adolescentes tontos, mientras le confesaba que le había mentado a Bonnie a cambio de sus encantos físicos.

Cuando terminé la secundaria por fin me despedí de mi pueblo y me mudé a la universidad de McGill a estudiar música. Me encantaban las melodías, y por eso estudié música.

Hasta aquel entonces yo siempre había pensado que el sexo era una actividad que estaba bastante bien y que necesitábamos practicar unas cuantas veces al mes. Pero cuando conocí a Lava, todos esos esquemas se derrumbaron.

La conocí en el club de *strip tease* del centro de Montreal, en la calle Saint Catherine, no muy lejos de la universidad. Mi amigo Mickey me invitó a ir con él. Primero me preguntó que si había tenido una experiencia así antes, y que pasase lo que pasase no me iba a arrepentir. Puesto que yo era joven y tenía las hormonas en plena efervescencia, no me costó mucho decidirme. Me puse bien guapo, me perfumé, me engominé el pelo y me dirigí al sitio que arruinó mi vida.

Durante la primera hora nos pedimos unas hamburguesas con coca colas. Nos sentamos y nos pusimos a ver desfilas algunas chicas que nos entretuvieron la vida. Pero más o menos a mitad del espectáculo, fue en ese momento que vi a Lava por primera vez, salir al escenario. La respiración se me paró. Era

difícil discernir sus rasgos en la sala que estaba tan oscura, pero incluso así sabía que era bella. Mientras le pegaba bocados al *steak*, mis ojos no paraban de mirarla, no podía controlarlos. Fue así como me hechizó. No sé por qué. Mickey no paraba de preguntarme que qué tal, y hasta me costaba responderle porque no paraba de observar a Lava, que en aquel entonces todavía era una cara sin nombre.

Nos fuimos antes de que el show acabase, pero mientras nos dirigíamos hacia el parking, me entró un impulso y le dije a Mickey que iba a esperar a una de las chicas que me había gustado. Él se rio, me deseó suerte y se fue, con las manos vacías.

En la época yo no sabía qué era el amor, pero creo que esperar a una persona a veinte grados bajo cero entra en la definición. Cuando por fin terminó el show, empezaron a salir unas chicas, vulgares, a veces bizcas y con malos andares.

Le hablé a la más fea, llevaba unos zapatos de 40 cm de plástico transparente, un abrigo de piel falso y mojado de vodka blanco y un tanga de color de purpurina. Le describí a aquella chica misteriosa que me había atragantado la hamburguesa. Es una chica alta, de un metro setenta y cinco más o menos, muy

delgada, con la cara extraña pero preciosa, los ojos pequeños y separados, la nariz fina y los labios bonitos, el pelo en melenita y castaño y bien peinado, como la de *Pulp Fiction*. Tardó unos segundos en reaccionar, pero cuando percibió que yo iba en serio, me dijo que esperase justo allí, que ahora saldría.

No tardó mucho, y cuando salió, se me fue la vergüenza que de costumbre tengo y simplemente le dije un hola tímido, pequeño pero intenso. Ella empezó a mirarme fijamente, como una niña y me preguntó que quien era.

Aquella noche no dormimos, tampoco follamos, pero nos lo pasamos estupendamente bien en una cafetería no muy lejos de allí donde preparaban desayunos caseros. La invité a unos huevos fritos, patatas peladas a mano y un batido de banana y vainilla. “Son mis preferidos, no hay otro sitio en la ciudad donde los hagan tan bien”. Durante el desayuno ella me miraba a los ojos, me escuchaba y en ocasiones se reía inapropiadamente y yo no entendía y cuanto menos la comprendía, más me fascinaba. Parecía tener la cabeza hueca, y le importaba un pimiento sus alrededores, pero ella parecía muy feliz y me transmitía sus ganas de vivir. Lava, se llamaba así, vivía en su mundo, un mundo imaginario que ella se había inventado y que solo existía en su cabeza, en donde los unicornios son de verdad y los caminos de rosa huelen bien.

Seguramente no hubiese ganado el concurso de belleza, pero me hechizaba su dulzura. Tenía un magnetismo especial, y me enamoré muchísimo de ella, allí justo en una cafetería de poca monta donde cocinan huevos fritos muy ricos. Cuando la miraba, viajaba a su mundo y todo lo demás desaparecía. Excepto los batidos de banana y vainilla, que acabaron siendo sus preferidos también.

Me sorprendió cuando me dijo que su película preferida era *Tiempos modernos*. ¿Y eso? Le pregunté. Me hace mucha gracia, sobre todo cuando Chaplin quita una madera y el barco ese se va mar adentro, solo y sin pasajeros. Y ahí empezó a reírse a carcajadas. También me encanta cuando los dos enamorados hacen patines en el centro comercial, me recuerda cuando mi padre me llevaba a la patinadora de mi pueblo y luego me compraba un batido de fresa con patatas fritas. Pero la escena que me enamoró es la escena final, cuando los dos se van juntos de la mano, dirigiéndose hacia el horizonte de un futuro que me imagino que es mejor, dijo.

Muy pronto empezamos a pasar mucho tiempo juntos, e incluso a veces me ayudaba con mis trabajos de la universidad. Un día tenía un proyecto para la universidad, tenía que coger un episodio de la serie *Friends* y rehacer los sonidos de fondo con materiales variados de mi casa. Por ejemplo, cuando en

una serie de televisión se oyen unos zapatos, ese sonido no es el original, es un experto en sonido que coge unas maderas y las azotea contra la pared. Me encantaba esa asignatura, y de hecho me planteé dedicarme a eso porque simplemente me encanta estar entre bastidores, al contrario de Lava.

Lava me ayudó con ese proyecto, yo le decía, ahora tengo que hacer un sonido de unos tacones y ella se paseaba por mi casa a encontrar distintos objetos que pudiesen imitar ese sonido. Encontró una maceta, y la golpeó contra mi mesa, y así hicimos los tacones de Rachel cuando se enfada con Ross.

¿Te imaginas que yo acabo siendo tu Rachel y tu mi Ross? Y en seguida nos besamos, sin responder a la pregunta. Ella se reía como una niña mientras yo la grababa hacer distintos sonidos con lo que ella iba pillando por mi piso. Luego nos pusimos como dos enamorados, no a tener intimidad, sino a hacer el amor de verdad, que era lo que más nos encantaba.

Un día, y sin ningún tipo de vergüenza, me dijo que quería hacer un *role play*, quería que coincidiésemos en un bar, así como por “accidente” y que fingiésemos que no nos conocíamos y que yo la contrataría para pasar la noche conmigo. Yo nunca había hecho ese tipo de cosas, pero no pude resistirme a la idea.

Fuimos al bar donde fuimos por primera vez, y me senté en la barra. Lava no tardó mucho en entrar, y cuando entró, con su abrigo de pieles multicolores, y la autoestima bien alta, empezó a mirar a izquierda y luego a la derecha mientras algunos hombres se daban la vuelta para descubrirla. Luego se sentó al lado mío y me sonrió como una buena actriz. Pidió una gaseosa, me miró y me preguntó que como me llamaba. James, le mentí. Entonces ella se apartó un poco el abrigo para enseñarme sus ligas y empecé a acariciarle el muslo. Luego se puso a reír cuando vino la camarera a servirle su pedido y me retiró la mano muy coquetamente. No parábamos de lanzarnos miradas cómplices, y a reírnos de vez en cuando. ¿Cómo te llamas?, le pregunté, Natasha, respondió.

Sin decir nada, se fue del bar, y antes de cerrar la puerta detrás de ella, se dio la vuelta y me lanzó una mirada seductora. Incluso si no la hubiese conocido, y a pesar de mi timidez, me hubiese ido corriendo detrás de ella. Y en realidad es lo que acabé haciendo. Salí pitando del bar, y empecé un poco a correr para alcanzarla.

Me colgué de ella con mis brazos y la besé torpemente, pues no sabía cómo actuar. Ella me besó muy despacito y en silencio y nos dirigimos a su casa. Le dije que no podía esperar, que si quería ir a un callejón y le haría lo que ella

quisiese allí y que sería la noche más bonita de su vida. Se rio un poco, con esa risa de niña que tenía y me dijo que tenía que ser paciente.

Fuimos a su casa, era un apartamentito muy normalito y chiquitito. Casi no tenía muebles, pero tenía muchas lucecitas de colores por las paredes y algunos velos de novia que había comprado en el rastro y que acabó recortando y colocando por los muros para darle a su casa ese aspecto de palacio de princesa en bancarrota.

Su cama se componía de un par de colchones apilados y desnudos. Pero no te pones sabanas, le dije. Así hago menos coladas. Le daba todo igual, y por eso ella me encantaba, porque con ella la vida no tenía límites y hacíamos lo que queríamos.

Me empujó a la cama, le quité el abrigo, debajo solo tenía un sujetador muy bonito, negro de encaje, una ligas y un tanga muy pequeñito, ajustado a sus delicadas formas. Se lo quité muy apresuradamente, y me dijo que se lo hiciese despacito, que a ella le gustaba eso.

Me quitó la ropa mientras nos mordíamos los labios, y empezamos a hacer el amor más bonito del mundo. Me dijo que la transportase a lugares que nunca había ido, ¿a dónde?, le pregunté. A África, a Dakota del norte, al Tíbet y a Sri

Lanka, incluso a lugares fuera de la tierra, como por ejemplo una estrella.

Me cogió la cabeza en sus manos, me miró al fondo de las pupilas y me dijo que me imaginase que le hacía el amor encima de una estrella, y que la estrella tenía una perfecta forma de estrella, y bien brillante, y que nosotros hacíamos el amor en una de las puntas, y solo se veían nuestras siluetas, y mientras me decía todo aquello yo disfrutaba de ella, y ella del momento. Empecé a morderle el cuello y le dije que siguiese.

Me dijo que lo hacíamos tan bonito que la gente de la tierra empezó a observarnos con un telescopio, y los unos se los decían a los otros, y así al cabo de unos segundos, miles de personas nos observaban y sonreían al vernos. Y justo después me dijo que le gustó mucho, e incluso si solo duró unos segundos, fueron los 5 segundos más bonitos de mi vida.

Luego nos acurrucamos en su cama, y le pedí una manta. Le besé los hombros, el cuello y empezó a reírse a carcajadas.

“¿Qué pasa Lava?” En aquel momento ya habíamos retomado nuestras identidades.

“Nada, una vez me dijo mi madre que si alguna vez un chico no me daba orgasmos, que le dijese a ese chico que no valía *pá ná*.”

“¿Y yo valgo para algo?”

Y se dio la vuelta, y empezó a morderme los labios y a reírse. Luego paró, me miró y me preguntó si alguna vez había tenido alguna relación tan picante como aquella.

“No ¿y tú?”

“Tampoco.”

“Cuéntame algo de tu madre”

“Mi madre es maestra de escuela”

“¿Y tú no quisiste ser maestra?”

“No. Gano más dinero así. Algún día ya se mejorarán las cosas, ya lo verás.”

Era una persona indestructible. Había tenido una infancia terrible, pero a ella nunca se le iba esa alegría que siempre transmitía a todo el mundo, y que me hechizó desde el primer momento en que la vi en aquel escenario de poca monta.

Me hubiese gustado presentársela a mi madre, y gritarle al mundo entero cuanto la quería. Me hubiese gustado casarme con ella, en Hawái, en medio de las olas, con un cura de mentira y darle aunque sea una concha de arena como compromiso, no teníamos dinero para otros lujos. Me hubiese gustado reproducirme con ella, los niños hubiesen sido preciosos. Pero

desgraciadamente en aquella época yo no tenía la confianza en mí mismo para estar con una mujer de ese calibre. Es curioso, Lava me atraía por su valentía y fue justamente por aquello por lo que acabé dejándola, con toda la tristeza de mi corazón. Fui muy cruel, se lo dije una vez, justo después de hacerle el amor y haber pasado la tarde con ella cocinando cruasanes azules, su color preferido.

Entonces Lava se levantó de la cama, y se secó algunas lágrimas, pues incluso los valientes lloran a veces. Se vistió, y mientras miraba como se ponía el sujetador, el tanga, los calcetines y la falda, se fue. Ni siquiera fui a cerrarle la puerta, pero cuando oí el portazo, me quedé llorando en mi almohada.

Pasaron unos meses, incluso unos años, y no hubo ningún día que no pensase en ella. La volví a ver una vez, en aquel bar donde fuimos por primera vez. Se acercó a mí y me sonrió, qué coincidencia que nos encontremos aquí, dijo, y me abrazó como si nada hubiese pasado. A veces es muy difícil nadar contra corriente, y por eso acabamos juntos de nuevo. Estuvimos así unos cuantos meses. Un día me preparó unos huevos fritos, con cruasanes verdes, mi color preferido, y nos pusimos como siempre a hablar de nuestras cosas.

Nos reímos, discutimos, nos besamos y comimos. De vez en cuando en

nuestras conversaciones veían breves momentos de silencio, y era aquello lo que me revelaba que era una relación de verdad, pues la gente que se quieren de verdad son capaces de aguantar unos minutos sin decir nada, y simplemente mirarse a los ojos. Un día Lava me dio un ultimátum. Ella quería más. Pero yo no era capaz de dar, no tenía tanto dentro de mí. Ella cogió el tenedor, pinchó la yema del huevo, que acabó rompiéndose, se puso su abrigo y su bolso, y se fue, con la cabeza bien alta.

Aquel día estuve triste, pero bueno así es la vida, me dije. Fue la última vez que la vi. Bueno, en realidad, la penúltima.

Unos años después, mientras me dirigía a mi trabajo en coche, pasé por un McDonald's para comprar un batido. Los compraba todas las mañanas, y los pedía de plátano y vainilla, nuestros preferidos. Dejaba siempre los envases vacíos en el asiento del copiloto, que era un asiento que me servía de basurero. Cuando me paré en un par de semáforos después, vi a una pareja cruzar el semáforo. Me quedé mirándolos y en cuestión de un nano segundo me di cuenta de que aquella mujer era Lava. Había cambiado mucho. Cuando me di cuenta de ello, se me paró el corazón y la respiración, de la misma manera que lo hicieron la primera vez que la vi, en aquel escenario de mala monta. Ahora llevaba ropa de mujer como Dios manda, un abrigo peludo y blanco y

unas botas de color lavanda. Su marido parecía un hombre bueno y cariñoso. Lava ya no era la misma, pero lo que sí había conservado fue su sonrisa, radiante, que le regalaba a su marido y que me había regalado a mi muchos años atrás, y que dejé ir. Y nada, los vi pasar el semáforo muy juntitos y felices, los dos de la mano y dirigiéndose hacia el horizonte de un futuro que me imagino que es mejor. Fueron los 5 segundos más horribles de mi vida.

Destino no es el nombre de una stripper

Parte I

“si ahora volviese a tener 20 años, cuál sería el trabajo de tus sueños” me preguntó una vez Escarlata. Nunca me habían me habían hecho una pregunta así, ni siquiera Betty, mi mujer.

Con Betty apenas fallábamos, y si nuestro matrimonio duró tanto fue por la necesidad de pagar las facturas a medias mientras yo todavía no estaba fijo en la universidad.

Betty no me hacía feliz, y desde el primer momento en que firmamos los papeles de la compra de nuestro piso, supe en el fondo que estaba cometiendo un error. Pero lo hice de todas maneras. A veces la peor trampa es la que se tiende uno a sí mismo.

Para despejarme, de vez en cuando le ponía los cuernos. En realidad me daba igual con quién, yo no lo hago ascos a nadie. Me acuerdo una vez que salí con una francesa que se llamaba Paulina, era más bien feucha, pero a pesar de ser francesa, era muy simpática y educada. Me gustaba mucho su compañía, me hacía sentir bien. Pauline había sido mi alumna y le inflé un poco la nota por

esa razón, ¿quién ha dicho que la vida sea justa?

Al principio tener una aventura me resultaba muy divertido, hasta el momento que te exigen más. Aquello fue especialmente el caso de Pauline. Me dijo que quería una relación seria, y me costaba Dios y ayuda darle largas para que aguantase en la posición de amante. Por eso pasó lo inevitable, al cabo del año se cansó y desapareció del mapa. De hecho creo que se fue del país. Al principio lo entendí, pero debo de confesar que a veces la echo de menos, sobre todo porque está lejos. A Pauline le contaba mis penas de amor pasadas, lo mal que me lo había hecho pasar Histeria, mi primera novia de la que me había enamorado tanto.

Por aquel entonces yo tenía unos treinta y cuatro años y veía el amor como algo que había venido una vez en mi vida junto a Histeria y que nunca más volvería a llamar a mi puerta. En realidad por eso firmé aquel papel con Betty, era un símbolo para mí de que estaba apostando por algo mediocre, pero por lo menos seguro, hasta que la propiedad nos separase.

Pues resulta que estaba bien equivocado, porque mi vida dio un brusco giro de 180 grados aquel 14 de septiembre de 1999. Aquel día preciso, las 9 de la mañana en punto, impartía clase de *Salud mental* en la universidad y fue

cuando vi a Escarlata por primera vez, sentada en el segundo rango de mi clase. En realidad, no la vi a ella primero, vi a sus ojos, dos esmeraldas brillantes, despiertas e ingenuas que me escuchaban. Nunca he visto unos ojos tan bonitos, y creedme, soy profesor, veo miles de caras nuevas cada año.

Los primeros meses impartiendo *Salud mental* pensé que Escarlata era simplemente una chica bella, pero creo que sin darme cuenta me enamoré un poquito de ella, y eso que ni siquiera la conocía. Es curioso cómo los humanos a veces nos enamoramos de desconocidos, y desconocemos a los que nos rodean.

Y aunque parezca curioso me alegra mucho saber que formé parte y estuve con ella durante uno de los momentos claves de su vida. Todavía me acuerdo de cuando la vi subir por la estrada, a recoger su diploma, con su precioso vestido de graduación, uno negro, muy simple, ceñido al cuerpo que desvelaba sus preciosas formas. Está claro que Escarlata destacaba de la muchedumbre que iba vestida de mesa camilla. Y de hecho no le faltaron los piropos. Durante un instante que me regaló para saludarme, me confesó que se había hecho ella misma el vestido, que lo había cosido así de simple porque no quería que sus hijos se burlasen de su vestido de graduación dentro de cuarenta años. Una tía lista, pensé. Justo después de aquello, el fotógrafo

oficial nos interrumpió para hacernos la única foto que tenemos juntos, y que todavía conservo.

Escarlata era espabilada, y de hecho no tardó mucho en encontrarse un buen trabajo, y en ascender rápido. Trabajaba en una empresa que fabricaba barnices de uñas, y ella se encargaba de darle nombres bonitos a los distintos colores. Todo esto lo sé porque una vez me envió una carta, al año de graduarse, dándome las gracias y contándome todo. Me dijo que el pintaúñas que más se vendía era uno que ella había bautizado “mantequilla de cacahuetes” y que sus jefes estaban muy contentos con ella.

Fue así cómo empezó nuestra relación epistolar, con cartas a la antigua, de esas de antes, bonitas, escritas a mano, que envejecen de color pero no de palabras.

Un día, mientras Betty, mi mujer, se duchaba, le pillé el móvil y encontré un mensajito de un tal Miguelón, como lo llamaba ella. Aquello fue mi ticket hacia la libertad, y después de aquella bronca no tardé mucho en abrir por primera vez las puertas de mi nueva casa de soltero. La cama la estrenó Escarlata, tal y como había soñado unos años atrás. Me encantaba darle orgasmos, besarle los pies, prepararle el desayuno mientras se paseaba por

casa con mi ropa, dejando su aroma por todos los rincones. Me encantaba cuando se acercaba a mí a darme los buenos días, me acariciaba la nariz. En realidad Escarlata podría salir cualquier chico, y sin embargo me escogió a mí. Por eso de vez en cuando me entraba el pánico y me imaginaba que escarlata me iba a dejar, de la noche a la mañana, por alguien o algo mejor.

Mis pensamientos se hicieron realidad, y del día a la mañana los bonitos mensajes de buenos días con corazones desaparecieron de mi vida y Escarlata se esfumó, así sin dar explicaciones. A menudo me rompía la cabeza intentando comprender, ella no parecía de ese estilo. Cuanto más lejos la sentía, más me preguntaba qué habría sido de ella y más la echaba de menos, la historia de mi vida. Todavía me pregunto qué habrá sido de ella.

Parte II

Marzo es uno de los peores meses en Montreal. Es una de esas épocas en la que el blanco invierno se hace eterno y depresivo. Fue a lo mejor por esa razón que me puse un poco melancólica al leer las preguntas que me iban a hacer en una entrevista con Bárbara, una magnífica periodista de CBS. Clara,

mi asistente personal, me las había mandado por correo a regañadientes. Ella odiaba que no tuviese móvil. En realidad las personas importantes no usamos esas cosas. Me puse las gafas, y me despedí de Rosa, mi señora de la limpieza. Para limpiar Rosa se ponía camisetas y chándales manchados de lejía. Pero cuando se iba, se despedía de mi hecha una marquesa. “Una mujer como Dios manda es una fregona en su casa y una señora en la calle” me solía decir a veces.

Me puse a leer las preguntas de la entrevista. El público quería saber más sobre mi misteriosa vida, pero nunca me sentí cómoda al compartirla. En realidad ¿quién es Escarlata? Pues soy una historia, la historia que uno se cuenta a sí mismo.

Nací en Montreal 1943. Mi madre era de Málaga y mi padre brasileño. Las personas que influenciaron mi sentido de la moda fueron definitivamente mi madre y mi abuela. Mi madre era española y siempre llevaba unos estilazos muy exagerados. Le gustaban las pamelas grandes de colores, rosa vivo, amarillo chillón, las pieles de zorro, visón y conejo, los diamantes grandes de oro brillante y las pulseras de monedas auténticas de otras épocas anteriores. Creo que en el fondo lo que le gustaba era hacer ruido mientras andaba, zapatos, lentejuelas y pendientes musicales. Los tacones de la altura de la torre

de Toronto y todos los colores del arco iris juntos le fascinaban. Ah, y en cuanto a la raya del ojo, cuanto más purpurina llevase, mejor, sobre todo si era verde o azul, del color de sus ojos, para contrastar así con su larga y espesa melena negra y su pintalabios rosa de su marca favorita, Yves Saint Laurent. De pequeña mi hermano y yo nos quedábamos siempre mirándola, y le preguntábamos “mamá, ¿porque tú eres guapa y las mamás de los otros niños no?” y ella sonreía, mientras se quitaba sus joyas y sus pieles y las dejaba encima de su tocador de mimbre blanco, tardaba por lo menos media hora en quitarse todo aquello.

¿Y mi padre? Bueno, mi padre era bastante sencillito en cuanto a vestir, pero le encantaban los muebles bonitos de otras épocas que habían atravesado el tiempo, los cuadros con firma y con fecha, el arte intrigante, los libros de cuero y los vinilos amarillentos. Le apasionaba coleccionar cosas bonitas para nuestra casa, para mi madre, para que estuviera cómoda y contenta al observar todas aquellas maravillas que nos rodeaban a diario. Quería transformar nuestro hogar en un cuento de hadas, aquel espacio mágico era para nosotros y para mi madre, “una extensión de su belleza”, decía mi padre.

Aunque bueno, tengo que admitir que mi vida no ha sido siempre un camino de rosas, pero me gusta siempre empezar con la parte bonita, es la que a la gente

le gusta escuchar.

¿y cómo terminé siendo la cabeza de un imperio multibillonario? Uff es una larga historia, pero si queréis que os la cuente, ahí va.

He tenido miles de trabajos en mi vida. Mis padres no eran muy buenos en los negocios, y como dije antes mi vida no ha sido un camino de rosas. Cuando tenía 11 años y a pesar de tener trabajos estupendos y buenas pagas, mis padres dieron en quiebra, una mala organización del dinero y poca cabeza, solía decir mi abuela. A penas teníamos para comer y con tan solo 12 años empecé a cuidar los perros de los vecinos para poder ayudar a mi familia. Tenían unos *cockers spaniels* preciosos, aunque rebeldes, pero gracias a ellos pude financiarme la escuela secundaria, matrícula, libros, libretas y demás neceseres. Me sacaba 15 dólares cada fin de semana, y ahora eso os parece una risa, pero en la época era una fortuna. Luego, en mi escuela ofrecieron la posibilidad de hacer unas prácticas en alguna empresa de nuestra elección. Las prácticas no las pagaban, pero ahí vi la posibilidad de abrirme una puertecita laboral. Me pateé todo mi pueblo hasta que por fin un salón de belleza quiso darle una oportunidad a una niña con mucha hambre de ambición como yo. La dueña me dijo que podía pasar allí una semana con ella, mirar como realizaba su trabajo y dirigía su negocio. Yo me deleitaba observándola como le arreglaba las uñas y el cabello a sus clientas adineradas. Me

fascinaba ver la facilidad con la que usaba las tijeras. Fue por eso que un día, mientras me miraba en el espejo aquella melena que me llegaba hasta las rodillas, cogí las tijeras de cortar el pescado e intentando imitar a mi jefa, me corté el pelo, y la verdad es que no salió nada mal. Empecé a cortar el pelo a mi familia, padres y amigas y poco a poco me fui haciendo una mini clientela, hasta el día que empecé a cobrar por mis servicios y así pude ahorrar para ir a la universidad.

Estudié Marketing, la carrera más útil del mundo. Eran 4 años pero la hice en dos. Mientras estudiaba trabajé en un McDonald's, y créeme, *I wasn't loving it!* Mi jefe no paraba de darme la lata. A veces incluso por cosas insignificantes y totalmente estúpidas. Pero claro, yo no podía renegar, él era el jefe. A veces tenía la impresión de que simplemente quería subrayar un poder que en realidad no existía. Pero por lo menos me daba para pagar el alquiler. Más tarde trabajé en una tiendecita de velas. Aquella tienda pertenecía a una mujer que hacía velas ecológicas con lavanda fresca, nunca me quiso dar la receta, y cuando yo ya había alcanzado la fama, su negocio había quebrado. Cuando me enteré de ello al pasar delante de su tienda con mi marido, me reí a gusto un buen rato.

Fue precisamente en aquella época fue cuando conocí a Peter. ¿y quién es

Peter? Os preguntaráis. En realidad Peter es el fondo de iceberg, la semilla de todo esto. Me explico.

Conocí a Peter en la asignatura de *Salud mental*, no en los pupitres, sino en la estrada, mientras nos enseñaba teoremas poco prácticos y previsibles. Nada más entrar en la sala, su aspecto me cautivó y no podía parar de mirarlo.

Debido a mi gran timidez yo me limité a hacer lo que tenía que hacer para aprobar, sin ningún tipo de trampa. Cuando acabé la universidad y me encontré mi primer trabajo le envié una carta, de esas de antes, bonitas, escritas a mano, que envejecen de color pero no de palabras. Le daba las gracias por su trabajo, sus clases, y así abrimos el capítulo de una amistad epistolar, que para mí acabó siendo mi primera historia de amor. Los intercambios duraron meses, años y semanas. Mis sentimientos conforme crecían, se hacían menos sinceros, hasta el día que me atreví a declararle mi amor por él. Fue el primer hombre al que amé, y el primero que me dio orgasmos. Nos pasábamos los días haciendo el amor, en todos los rincones de su casa, la cocina, el salón, el pasillo, la puerta del armario y el cuarto de baño.

Un día, mientras caminaba tranquila hacia casa, vi por la calle a un chico muy especial. Al principio me costó visualizarlo, pero pronto me di cuenta de que

era Peter. Iba con otra chica, cogido de la mano. Seguramente una alumna. Todavía no sé si él me vio, pero pasó de largo sin decirme nada, ignorándome totalmente ¿y nuestra historia? ¿las bonitas palabras que me escribía y decía? ¿No significaban nada para él? Y es ahí cuando comprendí que si una persona con la que había tenido tanta intimidad era capaz de ignorarme de manera tan cruel, entonces es que en el fondo nunca había estado en mi vida, todo fue una ilusión hueca que se derrumbó a la misma velocidad que un castillo de naipes al que le das una patada.

Al día siguiente, desesperada, frustrada y sin comprender nada, para olvidar, me apunté a clases de costura, y empecé a hacer diseños de vestidos, como el que me había hecho para mi graduación, y que tanto le había gustado a Peter. Y bueno, pues unas cuantas décadas más tarde, aquí estoy. Ha sido un camino muy largo. He trabajado muchísimo, e incluso cuando la gente me rechazaba, siempre me he levantado y tirado para adelante. Los ganadores nunca se rinden. Y a pesar de todo, estoy muy orgullosa de mi misma. Vengo de la nada, y he construido un negocio de varios billones de dólares yo sola. Al terminar de leer las preguntas de la entrevista, llamé a Clara. Le dije que cancelase la entrevista. Le mentí y le dije que no tenía energía, que estaba ya muy mayor.

Y sí, el que quiere, puede, esa ley del éxito la aprendí muy rápido. Pero el

éxito es mucho más complejo que todas esas mierdas. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que me he pasado la vida intentando subir de clase social y mejorar mi situación económica, y creedme, cuanto más alto llego, más podrido está el ambiente.

Y si os soy 100% sincera, en realidad nunca doy entrevistas ni llevo coches ni joyas de lujo porque los que tenemos poder, intentamos esconderlo y los que no lo tienen, lo exageran.

Las manos de Hollywood

Todavía me acuerdo de la primera vez que canté delante de una audiencia. Apenas tenía 9 años y habían organizado un festival en Saint Sauveur, Quebec, mi pueblo. Mis padres ya sabían que me encantaba llamar la atención, coger el peine e imitar a Céline Dion, Shania Twain y a Alanis Morissette. Pero lo que más le gustaba a mi madre era cuando se acercaba la navidad y cantaba villancicos en la iglesia “es que mi hija cuando canta, parece un pajarito caído del cielo” solía decirle a las demás señoras en la peluquería.

Seguramente los pasantes habituales del Walmart opinaban diferentemente sobre mí, sobre todo cuando me veían en el parking fumando porros con Sharon, mi mejor amiga, mientras nos pelábamos las clases. Mis padres nunca se enteraron, tenían una pizzería en el pueblo y apenas tenían tiempo de ocuparse de nosotros. Mi vida no parecía muy prometedora. Pero en aquel festival de música les gustó mucho mi presencia y cada año me invitaban a que participase. Y dio la casualidad que a principios de los 2000, en un festival veraniego en el que canté, había un productor de música de MBI records, vestido de civil entre la muchedumbre y él también se fijó en mí.

Y así fue como con tan solo 16 añitos me ofrecieron mi primer contrato de música, y firmé el papel que de alguna manera me cambió la vida para siempre.

A los cuatro meses me fui a vivir a Nueva York a grabar mi primer álbum. No sabíamos cómo llamarlo, y como las letras eran algo personales, decidimos poner mi nombre en el título, que es Nate, o sea que *In Nate* fue el resultado final.

Al principio todo me sonaba a cuento de hadas hecho realidad. Pero poco a poco fui viendo la verdadera cara del negocio. “¿Qué tipo de música te gusta Nate?” me preguntaba Rey, mi productor.

“Me encanta Shania”

“¿Twain?”

“Sí, y Dolly Partons. No sé, Alanis también me gusta mucho”

“Dime, ¿A quién prefieres a Lennon o McCartney?”

“No sé quiénes son.” Le dije mientras acababa el último bocado de mi sándwich y sin ningún tipo de vergüenza.

Pero ¿Qué iba a saber yo? Si no sabía nada de nada y me faltaba todo por aprender. Sin embargo, ellos en vez de ofrecerme canciones en la línea del estilo que les describí, me daban un material muy diferente para grabar y que me costaba mucho cantar.

“¿Qué te pasa Nate? ¿Te levantaste con el pie izquierdo o qué?”

“No me siento identificada con esta música, Rey” le confesé una vez.

“Ya lo sé Nate, ya lo sé. Eres una chica inteligente y me gusta hablar claro con la gente, y lo siento mucho, pero en esta vida si quieres ganar pasta tienes que ser estratégica.”

“No entiendo.”

“A ver, ya sé que tú solo me ves a mí. Pero tienes que comprender que esto es una pirámide, y el que manda lo que se graba en este estudio está en la punta. Yo no soy más que un soldado.”

Y sí, me faltaba mucho por aprender, pero me sentí muy estúpida al descubrir, con el tiempo, que la industria de la música, es eso, una industria, y punto.

Rey era muy cariñoso conmigo y por eso al principio intenté pasar por el aro, pero la confianza que teníamos fue creciendo y un día se lo confesé.

“Rey, no me gustan nada estas canciones, lo siento. Son canciones que suenan igual que todo lo que oigo por la radio. Creo que en estos momentos preferiría volver a mi pueblo y hacer pizzas”

Y él se me quedó mirándome desde el otro lado del cristal, mientras yo sostenía los auriculares de grabación con cara de perrito triste.

“No quiero ser una copia barata de Britney”

Milagrosamente, a partir de aquel martes y de mis insistencias, las canciones que empecé a grabar y que me enviaban se alineaban más a mi visión original. No sólo la disfrutaba más, sino que también se transmitía en mi voz. El rollo de mi disco cambió completamente y se convirtió en algo más auténtico y fiel a los sueños de aquella niña que cantaba con un peine del todo a 100. Y yo no era la única en notar aquello, un día cuando pillé a Rey por el estudio merodeando y bailando al son de *Simple*, uno de mis primeros singles, me paré en seco a esperar a que él notase mi presencia.

“¿Sabes Rey? No me conoces mucho pero tienes que saber que yo siempre gano las batallas”.

En realidad no sabía mucho lo que estaba diciendo, creo que en aquel momento simplemente me quería hacer la interesante.

De vez en cuando las letras de las canciones que me enviaban para grabar las cambiaba yo, para adaptarlas más a mi situación sentimental, que en aquel entonces se asemejaba más bien a un cuadro en blanco. Pero daba igual, mi imaginación daba para mucho, y Evan, aquel chico que me había enamorado en la escuela, pero que pasaba de mí completamente, me había sido muy útil para poder arrojar un trocito de mi creatividad en las primeras canciones que edité.

En aquel entonces yo era muy joven e inmadura, y mi sonido también. Por eso *In Nate* resultó ser un poco ecléctico, pero interesante. Mis influencias musicales se palpaban de lejos, el *country*, el *soul*, los hermanos Hanson y aquel sonido *pop* de los noventa, incluso las canciones navideñas que me habían acompañado durante mi infancia. Y así, día tras día, mes tras mes, al final de mucho esfuerzo, trabajo, sudor y sangre, por fin pude celebrar mi mayoría de edad con *In Nate*, mi primer disco. El producto final fue un conjunto de 12 canciones de un estilo que me es muy difícil plasmar en palabras. Era, pues eso, un estilo mío, personal, y no una copia.

Rey me encargó en una de las mejores pastelerías de Brooklyn un pastel con la imagen de la portada de *In Nate*, en la que salía yo, en una foto con un tono frío y azulado, sonriendo mientras sacudía mi pelo en el aire. Aquella sonrisa de la portada era un retrato de la alegría que sentí al ver que mi sueño por fin se había hecho realidad.

Creo que MBI records no se esperaban las ventas que surgieron, porque al principio, a pesar de aquel prometedor pastel, no me ofrecieron muchos contratos de promoción en la radio o en los programas de la televisión. Pero cuando vieron que durante la segunda semana de lanzar el disco ya habíamos vendido más de 300.000 copias y que la gente pedía más y más de mí, es ahí

cuando a Rey y a sus jefes se les dibujaron en las pupilas una S de color verde tachada.

Siempre había sido el bicho raro de la clase y estar rodeada de gente me intimidaba mucho. Por eso al principio, cuando entraba en plató me intimidaban muchísimo esas muchedumbres moviendo las manos y gritando mi nombre mientras algunos lloraban. Pero eso solo era la punta del iceberg, porque tuve que acostumbrarme a que presentadoras de televisión que no conocía de nada me preguntasen las típicas preguntas que una adolescente odia que le hagan ¿Tienes novio? ¿Que si tengo novio? ¿Cómo le iba a decir a una multitud de cámaras enfocándome que nunca tuve? Empecé a sentir que todas aquellas personas obsesionadas no estaban obsesionadas conmigo, sino con Nate, y que todos querían un trocito de Nate, y que no tenía suficientes trocitos dentro de mí para regalarle a tantas personas.

Un día tuve una entrevista con Ellen, y cuando quedaban 5 minutos para entrar a plató, yo, en vez de estar preparada, retocándome el maquillaje, Rey me encontró en la cama, triste y entre las sábanas. ¿Pero qué coño? Sabes que tienes que entrar a plató dentro de 5? Me gritó.

Tiró las sábanas a un lado con agresividad y yo le dije que había tenido un

“mental breakdown”. Fue entonces cuando Rey me abrió los ojos para mirarme las pupilas, pero no, no encontró nada raro.

“Bueno Nate, haz la entrevista ahora y luego te prometo que te invito al *Pizza Hut* y te cancelo los demás compromisos de hoy” dijo.

Conseguí entrar a plató con una sonrisa de oreja a oreja y de hecho respondí a todas las preguntas con una facilidad insuperable. Creo que aquella vez fue la primera vez que, al volver a mi camerino, me quité la máscara de la sonrisa, aquella que vendía millones de copias, y que me sentí desnuda al ver mi cara real. Me limpié y me hidraté bien la cara, aquella que iba a serme fiel siempre, me vestí y salí.

Rey y yo nos pedimos una pizza gigantesca, con queso en los bordes y una buena cantidad de orégano.

“Bueno ¿Qué pasa?”

“No sé si voy a poder seguir con todo esto, Rey.” Respondí.

A una persona lo llaman Rey por algo, y eso lo debería de haber descubierto al principio. Para ahorrarnos los detalles, y tras escuchar el discurso que me soltó Rey allí, yo salí de la pizzería más contenta que unas castañas. Todavía

no sé cómo hice para hacer tantos programas de televisión, de radio y varias giras por Norte América, Europa, Asia y Australia en un tiempo tan limitado. Una vez estaba en una concierto en Japón y dije “estoy muy contenta de estar aquí con vosotros, siempre he soñado con venir a Pekín” Creo que ahí Rey se arrepintió de no haberme dejado acabar la secundaria, pero sólo un poquito, porque eso en el fondo no era lo importante.

Cuando por fin terminé la gira, miré mi calendario y vi que tenía una última entrevista televisión. El caso es que la presentadora me dijo que me veía divina, “Oh, no te dejes engañar por los dos kilos de maquillaje que llevo” le respondí, y en seguida las ciento y pico de personas que estábamos en plató nos reímos al unísono, compartiendo nuestra alegría.

Cuando por fin salí de plató y me desmaquillé, me quedé horrorizada con mi cara. Parecía una vieja de 45 años. Me quedé dormida en mi camerino. A las 5 de la tarde caí rendida y me desperté el día siguiente a las 8 de la mañana, tras haber dormido 14 horas de un tirón, pero valieron la pena, porque cuando me levanté ya parecía de nuevo una adolescente.

La primera carita que vi al despertarme fue la de Rey, que sostenía un gran pastel de chocolate entre sus manos. “¡Enhorabuena princesa!” me dijo.

Y cuando ingerí un buen pedazo de pastel, Rey me dijo “Bueno y ¿ahora qué?”
“Ahora quiero ir a las Bahamas y dormir durante 3 años sin parar.” Le dije mientras estiraba las manos en el aire.

“Nate, esta mañana he tenido una entrevista con Sandra. Estamos ya pensando en el concepto del próximo disco.”

Las Bahamas ocurrieron, pero desgraciadamente solo duraron una semana, y a los seis meses ya estaba yo de nuevo de gira y promocionando el segundo disco, que era más o menos como el primero, pero un poquito más comercial.

“Oye Rey, siempre me pasas demos con canciones que ha escrito otra gente que no conoce ni Dios”

“¿Que estás insinuando?”

“Que me gustaría empezar a... no sé... escribir más cosas, más canciones yo sola... colaborar más en la creación y eso.” A lo cual él contestó con una risa.

Todo aquello era un ciclo, pero no vicioso. Después del segundo disco, llegaba el tercero y así sucesivamente hasta que la gallina parase de dar huevos.

Además, todo aquello coincidió al mismo tiempo que la revolución de internet

y el iTunes cambió por completo la industria de la música. “¿Sabes qué? Ya no se venden discos, ahora se gana dinero con las giras” le oí decir a Rey en una fiesta de los Grammy’s. Él no lo sabía, pero yo lo había oído, y se me quedó bien grabado. Y era cierto, era algo que estaba en el aire, que todos sabíamos, pero que nadie comentaba en alto.

Yo hacía tiempo que veía eso venir, y una cosa era cierta era que ya no quería ser un producto que iba girando por ahí. O sea que me armé de valor, y al mismo tiempo que ignoraba las llamadas entrantes del móvil, me construí un estudio de grabación en mi sótano en mi mansión de Los Ángeles.

Rey siempre quiso resultados inmediatos, pero yo estaba dispuesta a trabajar en mi talento, incluso si eso tomaba más tiempo. Y una cosa era cierta, no me quería morir sabiendo que me había pasado la vida cantando las canciones de otras personas con más talento que yo.

El proceso fue largo y tedioso, y desgraciadamente no llegó a nada. Yo por lo menos lo intenté, pero verdaderamente desconozco cómo hace la gente para poner sus sentimientos crudos en papel. Y después de varios meses intentándolo, y fracasando, tiré la toalla al descubrir que era incapaz de escribir nada musicalmente coherente.

Ese talento no se consigue de la noche a la mañana, y desde luego, pensé que lo más sano para mí era alejarme mentalmente y geográficamente de aquella industria. Por eso empecé a buscar casas en venta por el campo californiano. Miré por centenares de páginas de web. No había nada que me llamase la atención, todas las opciones eran muy cutres, de mal gusto o con precios desorbitados. Pero justo antes de tirar la toalla, vi una opción que me atrajo. Era un convento que estaba a las afueras de Montecito, California. Las fotos lo mostraban precioso, pero sobretodo fue el precio que me llamó la atención, se vendía solo por veinte mil dólares.

La idea de mudarme a un convento nunca me había pasado por la cabeza, pero aquel convento tenía un *je ne sais quoi* que me atraía. Era del siglo diecinueve y estaba pintado de color rosa pálido. El interior era precioso, tenía una cúpula, y varias alas. También había cristaleras de colores y transparentes con simbología religiosa. Más o menos en el medio del convento había un patio que estaba en bastante mal estado donde se veían coches aparcados de los años 70, que seguramente no habían arrancado en décadas.

Me pareció raro que estuviese a la venta ¿A quién pertenecería aquello? ¿por qué querrían venderlo? Sobre todo a ese aprecio tan ridículo.

En seguida llamé al teléfono que indicaba la página web para concretar una cita de visita.

Convenimos que al día siguiente era un buen día para los dos, por la mañana, durante la luz del día, para así poder apreciar los detalles de las piedras y de las frescos de los muros tal como aparecían en las fotos.

Tardé una hora y media en llegar al lugar. El viaje hasta allí fue largo aunque precioso, todo un camino de árboles, pinos y palmeras.

Al aparcar delante del convento, vi otro coche, un BMW rojo, seguramente el del agente inmobiliario. Estaba allí esperándome, fumándose un cigarrillo. Tenía una cara extraña. Parecía de plástico, no sé si porque le habían hecho un lifting mal hecho, o porque le brillaba la tez. Tenía los ojos azules, pero de ese azul transparente que no transmite nada. El pelo lo tenía muy bien peinado, de un lado, con abundante gomina, y muy rubio. La tez muy pálida, y rosita, seguramente del aire del campo y del sol que le había dado mientras me esperaba. Nada más verme me lanzó una sonrisa de anuncio de pasta de dientes. Nos saludamos mutuamente y me dijo “Bueno, ¿por dónde quieres empezar?”

La entrada daba directamente al claustro, que era cuadrado pero luminoso. Había unos arcos que dejaban entrar grandes cantidades de luz y mucha

vegetación, macetas de geranios rojos, rosas y claveles. Había unos árboles frutales de edad inimaginable que daban la sensación de transportarte a otra era, manzanos, naranjos, arboles de caquis y palmeras con higos grandes.

Los arcos estaban profusamente decorados y en las columnas había dibujitos de flores de agua y ángeles esculpidos en relieve. También percibí la imagen de algunas calaveras, enanos y dragones que me transportaron a un mundo que nunca había existido. O a lo mejor sí, ¿quién sabe?

Justo en medio del claustro había una gran fuente esculpida de piedra blanca donde había linceos que soltaban agua. No muy lejos de la fuente había un pozo de agua, que daba a uno de los mejores ríos de la zona. En seguida me dirigí al pozo. El agente me miró extrañado.

“Solo fui a mirar si había algún cadáver en el fondo.”

A pesar de estar abandonado, polvoriento, en mal estado y casi derrumbándose, se notaba que el lugar había sido precioso en un pasado anónimo. Luego entramos en la parte de la casa. Primera estaba el salón, que era un poco oscuro, pero el polvo que se filtraba por la luz de las ventanas le daba un aspecto romántico y siniestro. Las paredes estaban pintadas con arte, alguien que pintaba muy bien había imitado *La primavera* de Botticelli en

versión enorme por las cuatro paredes. Pero me dio pena ver a aquella maravilla en tan mal estado de descomposición. Algunos personajes me costó reconocerlos debido al moho que subía por sus caras. En el medio de la sala había una mesa de nogal con unos candelabros negros que en alguna época seguramente brillaron destellos de plata. Quise encender las velas que estaban enganchadas, pero había tanto polvo que me fue imposible.

Justo al lado del salón estaba la cocina. La pila era preciosa, de piedra verde pastel. La piedra era bien pura porque se veían las grietas más oscuras del mármol europeo. Pero cuando abrí el grifo, las tuberías hicieron el mismo ruido que un volcán en erupción. Había polvo para matar a un fantasma.

En la parte de arriba estaban las habitaciones. En la habitación principal había unas estrellas pintadas en el techo. La pintura era de esas que brilla en la oscuridad, y a pesar del paso del tiempo, seguían brillando vivamente. El techo no era completamente plano, tenía forma de arcos, y los ventanales eran enormes, con los cristales irregulares, de esos que fabricaban antes los artesanos de pueblo. Además, algunos ventanales mostraban imágenes que reproducían escenas bíblicas.

Al salir al pasillo me fijé que había un árbol genealógico pintado a mano en la pared, por una persona que seguramente se dedica a eso de pintar.

“¿Quién vivía aquí antes?”

“Un artista.”

“¿Un pintor?”

“Ni idea.”

“¿Qué pasó?”

“Nadie lo sabe. Un día se fue, así, sin dar explicaciones. Desde entonces esto está abandonado.”

Aquel árbol genealógico era muy curioso. La parte de los abuelos, bisabuelos, tatarabuelos estaba muy bien definida, se notaba que la persona que lo había pintado tenía las ideas claras al dibujar la cara de sus antepasados y lo había hecho con amor. Sin embargo, más abajo, en la cara de su pareja, alguien había rayado la cara de aquella mujer hasta el punto de dejarla irreconocible.

“El artista que vivía aquí montó una sala de fiestas abajo, en el balneario. ¿Quieres verla?”

Para ir abajo había una escalera de caracol de piedra de la edad media. Había telarañas por los rincones, candelabros apagados en los muros, y ruidos extraños al bajar.

Aquello había sido un balneario que habían transformado en discoteca. Sin

embargo, habían conservado las partes importantes. En la parte central estaba lo que antes era la piscina, que seguía recubierta de azulejos turquesa irregulares, o por lo menos de los que quedaban pegados. Aquello en realidad era la pista de baile. Justo encima de la piscina habían puesto una lámpara de telaraña, pero desgraciadamente la mitad de los cristales se habían desprendido de los ganchos y ya no lucía tan bien como en las películas antiguas.

Justo al lado de la piscina – pista de baile había unas estatuas renacentistas, una Madonna y un hombre sabio, algo así como un Aristóteles. Otras dos estatuas habían desaparecido con el tiempo, pero los pódiums servían para que a gente pudiese bailar encima, al lado de las otras dos estatuas, y por encima de la muchedumbre.

Luego para colocar las botellas de alcohol, habían cogido la capilla de la iglesia y justo en frente, una mesa para el barman. Me acerqué a las botellas para ver si quedaba algo de alcohol en ellas. Le quité con el dedo el polvo a una, la cogí y al volcarla boca abajo pude ver que dentro había moscas y polillas montándose un festín. “Me lo quedo” le dije al agente sin pestañear.

Pero había un pequeño problema, algo que el agente de cara transparente no

me había mencionado. Las monjas, que se suponían que eran las propietarias, se opusieron a la compra. Dijeron que el cura lo había puesto a la venta porque era avaricioso y quería sacar dinero de manera ilegal, pero que el convento era de ellas, que eran las propietarias y que por encima de sus cadáveres iban a dejar que alguien lo comprase, sobre todo alguien de mala vida como una *pop star* como yo. En primer lugar, me parecía muy extraño que un cura hiciese cosas corruptas por dinero.

“¿Pero ellas son las propietarias?” Le pregunté a mi abogado.

“Que va, dicen que según las leyes del clero, al cabo de unos años de usufructo, que ellas se convierten en las propietarias, pero no hay ningún papel que lo confirme.”

O sea que tuvimos que ir a juicio.

El juicio fue largo y tedioso, duró dos años, casi tres, pero como le dije una vez a Rey “yo siempre gano las batallas” y por eso no me rendí.

Sin embargo hubo una batalla que me costaba ganar. Entre juicio y juicio, solía encerrarme en mi salón y, cuando me sentaba en frente del piano, con papel y grabadora, me ponía a componer música. Me imaginaba a mí misma componiendo una obra de arte, música y melodía que trascendiese el paso del tiempo, que envejeciese bien, que no se la llevase el viento. Pero seguramente

por el estrés del juicio y asuntos legales, fui incapaz de eso. Seguramente cuando esté en el convento me vendrá la inspiración, pensé.

La verdad es que el primer año del juicio todo apuntaba a que las monjas aquellas me iban a arrebatar aquella maravilla. Pero por muy inverosímil que suene, creo que el juicio lo gané por un comentario tonto que hice y que le gustó al juez.

Las monjas presentaban como argumento que, y cito “Según la Ley horizontal, todo miembro de la Iglesia Católica, habiendo hecho uso del usufructo de un bien inmueble en las mismas condiciones que un propietario, según la definición de este último en el código civil, al cabo de diez años se convierte automáticamente en el propietario de ese bien inmueble en el caso de que...”

Normalmente me controlo mucho, pero aquel día me pillaron muy calentita y cuando oí aquel rollo de la ley horizontal, exploté, e ignorando a mi abogado, me levanté y le solté a la monja en toda la cara:

“Mira, tu ley horizontal me la paso por el agujero vertical, el cual a usted le vendría muy bien usar más a menudo”

No todo el mundo presente en la sala se rio, pero os puedo asegurar que, gracias a los que sí se rieron, a partir de aquel momento todo fue rodando para mí hasta el momento que oficialmente, me dieron las llaves de mi nuevo capricho.

No tardé mucho en coger mi coche y darme una vuelta por allí, esta vez sola. Habían pasado tres años desde que había visto aquel lugar por última vez y se notaba que el convento había sido precioso, pero aquello ya se estaba pudriendo.

Me paseé de habitación en habitación pensando, y a pesar de que mi intención era visualizar mi futuro allí, no podía parar de imaginarme la vida de aquel artista, los momentos bonitos que seguramente vivió allí, y que ahora formaban parte del polvo y del moho.

No quedaban muchos muebles, y los que había, en general no me hacían mucha gracia. Excepto una cómoda que me entró por el ojito derecho. Era de madera de roble, y a pesar del polvo y la carcoma, pude discernir los cuernos de la abundancia dibujados por todas las esquinas, dejando ver un trocito de que lo que aquello pudo haber sido, pero nunca fue. El mueble estaba en muy mal estado. Abrí el cajón principal para ver si dentro seguía forrado de terciopelo como solían estar los muebles de aquella época. Quedaban algunos cubiertos de plata, ennegrecidos por el oxígeno. Y cuando saqué la cubertería, vi que había un papelito amarillento. Era una carta, me senté y empecé a leerla.

Hola,

¿Cómo estás? ¿Sabes que me acuerdo mucho de ti? Me acuerdo mucho de la primera vez que me invitaste a tu casa a comer salmón con patatas fritas y maíz que me preparaste tú. De los pantalones cortos que llevabas y de tus zapatillas de estar por casa. También me acuerdo de cuando me medio abriste la puerta de tu convento por primera vez y en seguida te escondiste detrás de ella, por tu timidez. Nada más entrar en lo que tú llamabas tu “refugio”, me puse a reír con mi risa falsa, para esconder mis nervios. No me lo notaste, ¿verdad?

A veces me pregunto si te sigue gustando el salmón con maíz, si haces el amor con chicas, si eres feliz. También me acuerdo de aquella canción que escuchábamos en tu sala de fiesta tan bonita y que no adiviné. Era Bach. Are you fucking joking? Me dijiste, pero en el fondo me daba igual, porque sé que si un día aparezco por la entrada de tu convento con 100kg de más, me seguirás viendo igual de guapa.

También me acuerdo de cuando me enseñaste tu orla, y me explicaste, como aquel que juega al ajedrez, las caras de tus fracasos amorosos. Y de cuando, justo después de eso, abriste un whiskey que tenía más de 12 años para celebrar que por fin me habías invitado a tu casa. También me acuerdo de cuando me deshiciste el sujetador, me acariciaste con tus labios y me

susurraste al oído, “eres preciosa”.

Pero lo que más me marcó, más que el salmón, la orla, y el sujetador, fue cuando trajiste un candelabro y me dijiste “es que quiero verte” y me pediste que te mirase a los ojos, pues al parecer es así como se hace el amor. Y yo no tenía ni idea, pero me enseñaste tú.

Aquella noche a penas dormimos. Y no quiero que esta carta sea agridulce, pero me temo que no me queda opción. Acabo de conocer a alguien. Su nombre no importa. Lo conocí en una barbacoa, y aunque sea difícil de explicar, creo que por fin he acertado.

Te escribo no solo para ti, pero para mí también, para conmemorar que a veces, lo efímero también puede ser bonito. Sinceramente, me haría muy feliz que por fin encontrases a alguien a quien le abras las puertas de tu “refugio” y de tu corazón, algo que nunca pudiste hacer conmigo, Dios sabrá el porqué. Me gustaría que no te dejes guiar solamente por alguien que te aporte esa seguridad que siempre buscas, pues ese refugio, tanto en el trabajo como en el amor, no es más que una ilusión.

Por cierto, ¿te acuerdas de cuando eras mi profesor de dibujo? Quien hubiese dicho que ahora sería yo la que te enseña las cosas.

¿Te acuerdas de cuando viví en el Congo? ¿Y de cuando tenía el pelo de

color platino y rosa? Esa persona no era yo. Simplemente obedecía órdenes. Pero ahora ya no. Y si bien estas palabras te pueden resultar falsas, es lo único auténtico que queda de aquella persona que conociste hace muchos años, en los pupitres de tu clase.

Por favor, no quemes esta carta. Quiero que sepas que, a pesar de que nunca me abriste del todo las puertas de tu refugio, y de tu corazón, tú siempre tendrás un lugar especial en el mío.

Le he hablado de ti. Y sabe que existes, o sea que me puedes responder, contándome tus cositas, espero que sean bonitas. Pero si es triste da igual, yo te escucharé igual. Mi dirección está en el remite. ¿entiendes mi letra?

Leí la carta varias veces, y me pareció patético que, a pesar de que no conocía a aquellas personas de nada, me salieron varias lágrimas. Creo que lloré porque nunca he sido capaz de escribirle algo así a nadie, ni siquiera en mis canciones. Siempre admiré a las personas que son capaces de mirar tan adentro de ellas mismas y plasmar lo que ven tan crudamente en un trocito de papel. ¿Y si le envió la carta a Rey? ¿Se emocionará igual que yo? Me pregunto si él es consciente de apreciar ese talento, y no solo el dinero.

La leí una y otra vez, y cada vez que la leía me parecía más bella. ¿Quién es esa chica misteriosa? En el remite ponía que se llamaba Olaia Mora. Me dirigí rápidamente al árbol genealógico del pasillo. La cara que estaba rayada era imposible de ver, el nombre también, pero pude ver la primera letra *O* pues no lo había tachado del todo. Seguramente la rabia había podido con él. A lo mejor es por eso que abandonó su refugio aquel hombre. Pues, en el fondo ¿para qué le iba a servir?

Empecé a buscar por todo el convento algún rastro de él, o de ella, para averiguar más sobre esa historia de la que sólo tenía una pieza, estaba segura de que el puzzle entero iba a ser fascinante. Pensé que lo más justo era encontrar a la familia de Olaia Mora y entregarles lo que les pertenecía.

Miré por internet y no tardé mucho en encontrar a los descendientes. Les dije que les quería mandar una carta personal de uno de sus antepasados, que a lo mejor les iba a arrojar un poco de luz sobre la historia de su familia. Me respondieron de manera muy optimista, tanto que se ofrecieron a venir a recogerla en persona. Al parecer el convento les daba curiosidad.

El descendiente de Olaia era su nieto, un hombre de unos treinta y pico años de edad. Vino acompañado de su hijo, un niño muy rubio y muy tímido

también.

Les estuve enseñando el convento. “No sabía que mi abuela hubiese tenido un romance con un artista que vivía en un convento tan bonito” dijo él. “Siempre la vimos como una ama de casa muy normal y corriente.”

“Ella escribía realmente bien. ¿Nunca publicó nada?” dije.

“Escribía, pero no le gustaba enseñárselo a nadie. Ya sabes, en aquella época las cosas no eran tan fáciles. Falleció hace 3 años.”

Poco después me dijeron que se tenían que ir. “¿Vas a jugar al fútbol?” Le pregunté al niño.

“No, tenemos trabajo en casa” dijo el padre “él es el encargado de escribir el guion de la obra de teatro de navidad para el colegio. El profesor lo escogió a dedo.”

“Ah, pues entonces es un don”, dije mirando al horizonte mientras se iban padre e hijo, y la carta.

El laberinto de Sidney

Parte I

¡Mira esta es nuestra primera foto juntos! Es lo que escribió Sidney detrás de la foto que acababa de encontrar entre mis papeles. Conocí a Sidney en el instituto, cuando apenas teníamos diecisiete años recién cumplidos. Y poca gente puede presumir de esto, pero nuestros destinos se cruzaron gracias al puro azar y a una sucesión de múltiples eventos aleatorios y estadísticamente imposibles.

Todo empezó con mis abuelos, dos polacos que poco después de casarse, se hartaron de pasar hambre y decidieron hacer las maletas, dejar toda una vida joven atrás y zapar al nuevo mundo. El sueño de la libertad les esperaba en el puerto de Nueva York, y fue allí donde echaron el ancla. Y como dicen, el mito del sueño americano es eso, solo un mito. Pero por lo menos tenemos para comer, solía decir mi abuela cuando mi abuelo se quejaba de tener que pasar el crudo invierno del norte sin calefacción. Para ahorrar un poquito de dinero y poder lavarse los dientes con agua caliente, mis abuelos se mudaron a Nueva Jersey cuando mi padre tenía dos años, y es ahí donde se crió. La escuela a donde iba le quedaba lejos, pero por lo menos era pública y aprender a sumar, restar, multiplicar y dividir siempre es mejor que doblar el riñón en la

fábrica. Y en lo que se refiere a su vida sentimental, mi padre siempre dice que solo se ha enamorado una vez en su vida, cuando tenía ocho años.

Él se crió en Ocean Township, en Nueva Jersey y todas las mañanas se despertaba a las seis para coger el autobús de las siete y media. El invierno en aquella parte del mundo no es una broma y por eso despertarse por las mañanas, retirar las sábanas y salir de la cama le resultaba una auténtica tortura. Pero cuando se acordaba de Isla, el frío y el sueño se le iban en seguida y lo remplazaban las ansias de verla.

Isla tenía el pelo negro, largo y brillante, los rasgos etéreos y delicados, y la tez de color caramelo oscuro que contrastaba con sus ojos de color avellana. Su aspecto desvelaba sus orígenes autóctonos y cuando se sentaba en el autobús con sus vestiditos de terciopelo, parecía una verdadera Pocahontas en miniatura. Nada más verla subir al autobús, aquel once de septiembre, el corazón de mi padre se enamoró y descubrió el lado bueno, y a veces malo, de lo que nos hace humanos. Isla iba un par de cursos más adelantada que mi padre y él no sabía nada de ella, tan solo que era bella. La única información que poseía era que el 21 de octubre iba a ser su cumpleaños, pues el conductor del autobús lo gritó con su megáfono para que los demás niños le cantasen feliz cumpleaños a la que parecía ser la estrella del cole.

Un día, el banco que financiaba el colegio donde estudiaba mi padre anunció un concurso de dibujo: al que pintase el mejor dibujo de primero de primaria le regalarían un viaje a la ciudad de Nueva York junto con cinco amigos. Mi padre, que estaba en primero, no sabía dibujar ni por asombro, pero se moría por ganar el concurso e invitar a Isla a pasear por la ciudad, ir a la Estatua de la libertad y celebrar su bonita amistad.

Al día siguiente de que anunciasen el concurso, mi padre fue a Jersey Shore a dibujar las olas del mar y allí se encontró a un vagabundo pintando.

“¿Qué haces?” Le preguntó mi padre.

“Pinto”

“¿Qué pintas?”

“Pues, la libertad de las gaviotas, la respiración del mar y la alegría de los perros...”

“¡Pero eso no se puede pintar!” Mi padre pensó que ese vagabundo estaba chiflado.

“Uno pinta lo que siente, no solo lo que ve. ¿cuántos años tienes, chavalín?”

“Siete”

“Eres muy niño para comprender esas cosas. ¿qué haces por aquí tan solo?”

Y, aunque le diese un poquito de vergüenza, mi padre le contó todo, que estaba enamorado de una niña que se llamaba Isla, que había un concurso en su cole que quería ganar porque quería pasear con Isla por las calles de la Gran manzana y darle un beso allí, como había visto en una película.

Aquel indigente se emocionó tanto que le hizo un dibujo exclusivo para él, para su concurso, dibujó las olas del mar imitando los trazos de un niño de siete años, pero lo hizo lo suficientemente bien como para que acabase ganador.

“Ten, firma este dibujo, ponle fecha, y preséntalo en tu concurso.”

“¡Oh! ¡gracias! ¿cuánto es?”

“¿cómo que cuánto es?”

“¿No le tengo que dar dinero por el dibujo?”

“No, no vendo mis dibujos. En esta vida no todo se puede vender. O comprar”

“¿Cómo? Pero... ¿tu jefe no te va a regañar?”

“No tengo jefe, por eso soy feliz.” Y el vagabundo le sacudió el pelo a mi padre.

“¿Cuando eras pequeño ibas a la escuela?”

“Uff, fui muchos años a la escuela y a la universidad, una de las mejores del mundo. Sabes, mi padre es un hombre muy rico, y me obligó a estudiar y a tomar el mando en sus empresas. Y así hice un tiempo, pero no era lo mío. Lo

tenía todo, los coches de lujo, el ático en pleno corazón de Manhattan, los puros de la Habana, los amigos, la esposa.”

“¡Ay que bonito! ¿y dónde están?”

“Pues ni lo sé ni me importa.”

Mi padre asintió con la cabeza y le preguntó con mucha alegría:

“¿y crees que voy a ganar el concurso?”

“Claro que sí, si tienes iniciativa y tus intenciones son bonitas, con eso solo ya has ganado. Con el tiempo te darás cuenta que el resto no es tan importante.”

Mi padre, que no entendía mucho las palabras de aquel anciano, lo interpretó como un sí. Por lo menos le había hecho un dibujo precioso, y con su sonrisa inocente, le dio 10 céntimos para agradecersele. Cuando se despidió, el vagabundo le dijo “Cuando ganes el concurso ven a verme y cuéntame cómo te ha ido con Isla, por favor.”

“Vale” contestó, y se alejó de la orilla. Ya no le quedaba dinero para volver a casa en autobús, o sea que se fue andando, pensando en lo que le había dicho aquel vagabundo.

Finalmente, mi padre ganó el concurso y por eso la suerte le brindó la oportunidad de pasearse un día entero por toda Nueva York con sus 5 mejores amigos de clase. Visitaron la Estatua de la libertad, la Gran manzana, etc. Fue

uno de los mejores días de su vida, excepto por el hecho de que no pudo invitar a Isla, porque estaba en tercero de primaria y él en primero. Pero bueno, para compensar aquella desgracia ya le compraría un regalo de recuerdo de su viaje y así le demostraría lo mucho que pensaba en ella todos los días. Por eso aprovechó un momento en el que sus amigos se sentaron a descansar y se dirigió a una tiendecita en la calle Corner Grove dónde vendían muchas muñecas de todas clases y formas.

Le echó un vistazo panorámico a la tienda y de repente vio a una que le encantó y que le pareció el regalo perfecto para Isla. Se llamaba Raquel y era preciosa, de porcelana y tenía unos tirabuzones dorados y los ojos de color océano.

¿Cuánto cuesta esa muñeca? Le preguntó mi padre al dueño. 30 dólares, le dijo. 30 dólares era lo que en aquella época mis abuelos ganaban en dos semanas de trabajo, y por eso mi padre se despidió educadamente y salió de la tienda, con la cabeza agachada. Nunca había estado tan triste en su vida. Nada más salir de la tienda, se acercó a sus amigos y a la profesora que los acompañaba.

“¿Qué te pasa Lais? ¿por qué estás tan triste? Parece que te han robado el bocadillo.” Le dijo la maestra.

“No me siento muy bien” dijo el pobre niño.

“¿Quieres que vayamos al parque?” Le preguntó la profesora.

Y mi padre asintió. En frente de la tienda de muñecas había un parque con bancos y columpios para niños. Estaba bastante vacío. Los amigos de mi padre se lanzaron a los columpios como cohetes teledirigidos. Él, en cambio, se sentó en un banco solo a pensar en Isla y en cómo podría solucionar aquel problema. En el banco justo al lado del suyo estaban sentados un abuelo con su nieta. La nieta tenía pinta de tener la misma edad que él, y parecía muy unida a su abuelo. El abuelo estaba llorando y se llevaba las manos a la cara. La nieta estaba a su lado e intentaba animarlo. Parecía muy madura para su edad. Justo a su lado la niña había sentado a su muñequita. De repente el abuelo le dijo que se fueran. Ambos se levantaron y la niña se dejó la muñeca allí.

“¿No coges la muñeca?” Le preguntó el abuelo a su nieta.

“No, ya no la quiero.” Respondió ella.

“Pero es una melliza, te la acaban de regalar los primos.”

“Ya no la quiero, además estoy segura de que hay alguien que la necesita más que yo.” Dijo la niña.

Entonces mi padre, que se sentía como si acabase de ver a la Virgen María,

fue escopetado hacía la desconocida y le preguntó:

“¿me la puedo quedar?”

“Claro que sí, cógela, si ni siquiera es nuestra, nos la acaban de regalar unas personas que no queremos.” Respondió el abuelo antes de irse.

Mi padre cogió la muñeca y antes de metérsela en la mochila se quedó mirándola unos segundos. La verdad es que no estaba en buen estado, la pintura de los ojos se le estaba yendo y el pelo estaba alborotado y mal cuidado. Pero eso se podría solucionar muy fácilmente con un poquito de imaginación pues lo único que le tenía que hacer era la ropa, pintarle la cara y arreglarle el pelo. Este va a ser el regalo perfecto para Isla, se dijo a sí mismo mi padre, y su cara pasó de la tristeza a la alegría en tan solo un nano segundo.

Durante su infancia, mi abuela le había enseñado a mi padre y a mi tío a hilvanar, a cortar, a coser, a tejer, básicamente a usar la imaginación para arreglar problemas cuando el presupuesto no daba para mucho, que era básicamente el día a día de mi familia. Entonces aquel viernes por la noche, en vez de salir a la calle a jugar con los otros niños del barrio, mi padre con mucho esmero se quedó en su habitación cortando, midiendo, probando y haciéndole el vestido a esa muñeca que había sido huérfana durante unos segundos, y que pronto encontraría una madre mejor, y más guapa también.

A mi abuela se le acababa de quemar una esquinita de un delantal suyo, y lo había tirado a la basura. Mi padre en seguida lo cogió y a pesar de que oliese a quemado, pensó que le iba a servir para confeccionar la falda de la muñeca. Asimismo, mi padre se acordó de que el fin de semana pasado, su amigo Sean acababa de celebrar su cumpleaños, y al final de la fiesta el suelo estaba lleno de globos explotados y velas medio consumidas, cosas que él cogió sin que nadie se diese cuenta, para que su madre pudiese reciclarlo y así celebrar una fiesta para *su* cumpleaños. Pero en vez de eso, mi padre le encontró otra utilidad mejor a aquellos elementos reciclados, y cogió un globo negro y le hizo cuatro agujeros, uno para la cabeza, otro para la cintura y dos para las mangas. Eso sería la camiseta de la muñeca, una camiseta muy moderna, de plástico y bien apretada al cuerpo y a sus formas. Luego cogió el delantal azul de su madre y le hizo una falda. Puesto que el delantal lo había encontrado en la basura, estaba arrugado y quemado, y no tuvo más que hacerle una falda de volantes para disimular los defectos de la tela. Luego cogió las pinturas de su padre que usaba en la fábrica y le pintó los ojos, los labios y las pequitas. También le lavó y le peinó el pelo, pero desgraciadamente aquello sí que no tenía solución. Entonces le afeitó la cabeza, le descosió el pelo del cráneo y le volvió a tejer una nueva melena con lana de color azul, verde y rosa que tenía su madre en un rincón de casa. Le cosió la nueva melena cabello por cabello

en los agujeros del cráneo de la muñeca, y cuando hubo terminado se lo peinó muy bien con un cepillo para que no pareciese que era lana y terminó todo con dos trenzas africanas.

La muñeca se quedó muy bien, porque así ya no estaba vestida de puritana, como solían estar vestidas las muñecas de la época. La nueva muñeca de mi padre era moderna, parecía una bailadora de flamenco *avant-garde*. La falda era larga, y no se le veían los pies, pero mi padre pensó que si él hacía su trabajo como si la gente lo estuviese viendo, entonces la gente eventualmente lo vería a él y a su trabajo. Cogió pues y con las velas del cumpleaños de Sean, las inflamó ligeramente con las cerillas de su padre y poco a poco con los dedos, le fue dando la forma de los zapatos, unos zapatitos muy monos y muy caseros, de color azul, blanco y rosa.

Aquella muñequita olía a cumpleaños, y para enmascararle aquel olor, mi padre le hizo un bolsillo a la falda y le metió un chicle de fresa, para que oliese bien. Por eso la bautizaron Fresita. Quería darle a Isla el mejor regalo de cumpleaños y quería demostrarle que la quería y que de mayor quería casarse con ella, entregarle todo su salario, comer perritos calientes, hacer volar cometas y envejecer a su lado. Una vez acabada, tocaba envolver la muñeca en papel de regalo, pero el problema era que no tenía, esos lujos eran

demasiado caros para él. Entonces fue cuando se acordó del mapa de la ciudad de Nueva York que le había dado su profesora en aquel viaje que hizo. Cogió el mapa y redondeó con un rotulador rojo los lugares dónde algún día quería llevar a Isla, y envolvió a la muñeca en el mapa. Estaba tan orgulloso del regalo que le había hecho a Isla que aquella noche casi no pudo ni dormir.

El lunes de después, cuando se subió al autobús, le temblaban las manos y las piernas de la emoción. Se quedó ahí sentadito en su sitio, esperando a que Isla se subiese al autobús y así poder felicitarla como es debido. Las cosas por fin pasaron como se planearon y la niña, nada más deshacer el mapa con cuidado, y al ver la muñeca, se le iluminó la cara como si acabase de ver un hada madrina con un vestido de purpurina rosa. Y su felicidad se la transmitió a mi padre cuando le dio un beso en la mejilla. Mi padre se puso colorado, pues era el primer beso que una chica le había dado, pero no cualquier chica, sino Isla, y él había soñado con eso durante meses, todos los días, tanto que apenas podía seguir en clase. Ahora ya Isla no lo ignoraría más en el autobús, y de hecho lo saludaba todas las mañanas en el autobús con su sonrisa radiante, de esas que te alegran el día.

Empezaron a salir juntos, en el recreo, al parque, a hacer bicicleta y de hecho para navidad fueron a merendar patatas fritas a un restaurante que se llamaba

Al corro de la patata y que estaba justo en frente de la playa donde a mi padre le habían dado el dibujo que lo condujo a la felicidad. Al parecer allí hacían las mejores patatas fritas del Norte.

Mi padre era muy tímido, y cuando se paseaba con Isla apenas decía nada, pero una vez la niñita se armó de valor y le dio la mano a su compañero y ahí fue cuando mi padre ya empezó a reflexionar sobre el nombre de los hijos que iban a tener, y se imaginaba a Isla siendo ama de casa y cocinando pastelitos de flores azules con delantales de color crema. Pero había un gran problema, y es que era pobre y nunca podría darle a Isla lo que él quería ofrecerle. Sin embargo, la vida a veces te lanza una sorpresa, de esas que no te esperas. En realidad, Isla no fue la única niña que se enamoró de él y de Fresita, sino que las otras niñas del colegio también querían tener una Fresita.

Todas aquellas amigas de Isla estaban dispuestas a pagar 5 céntimos e incluso más para que mi padre les hiciese vestiditos a medida a sus muñecas, y lo peor de todo es que no sabían que mi padre las hacía con lo que gente despreciaba. A la muñeca de una niña le hizo un monopatín con una lata de sardinas, y a otra le hizo un sombrero digno de una boda real con el corcho de una botella. Poco a poco, y gracias al boca a boca, mi padre se vio con que tenía varios pedidos por semana. Pero los cinco pedidos hebdomadarios se

convirtieron en 7, y en diez, y aquello llegó a un punto que no daba más abasto.

Poco a poco, y con apenas diez años, mi padre empezó a ganar el mismo dinero que sus dos padres juntos. Al cabo de un año, y antes de haber llegado a la adolescencia, ya ganaba el doble, y poco después el triple. Y se lo ahorraba todo, y se lo daba a su madre para que su familia pudiese pasar un invierno en condiciones.

A Isla también le apasionaban las muñecas, sobre todo peinarlas, hacerles trenzas y lavarles el pelo. Un día, por puro accidente, cogió la muñeca que mi padre le había regalado y la puso boca bajo y descubrió el secreto de los peluqueros, y es que si la ponías boca bajo, la muñeca tenía el pelo recto, pero cuando la ponías boca arriba, aquella melena daba la ilusión de tener el pelo a capas y con volumen. Aquel descubrimiento la llevó a querer cortarle el pelo a todas sus muñecas y darle el corte de pelo más popular de los años setenta. Sus cortes de pelo se volvieron tan populares que pronto se convirtió en dos cosas al mismo tiempo, la novia de mi padre, y la peluquera oficial de Fresita.

El negocio de mi padre, que había nacido por un enamoramiento inocente, fue creciendo hasta que por fin se patentó la muñeca que acabó llamándose Lislá.

Lisla era una mezcla entre Isla, la principal responsable de todo aquello, y Libra, que era el signo astrológico de Isla, nacida en octubre. Aquella muñeca tan esbelta acabó siendo prácticamente la compañera de todas las niñas del mundo occidental y alrededores.

Y así fue como con tan solo con quince años, mi padre dejó sus estudios y empezó a dedicarle todo su tiempo a dibujar patrones, a encontrar ideas y fabricantes para los próximos modelos de Lisla, la bautizada nueva novia de América. ¿Alguna vez habéis comprado la Lisla profesora? ¿O la Lisla Hawaina? Pues todas esas Lislas que han iluminado vuestra infancia las inventó mi padre. Y como cada 7 segundos se vende una Lisla en el mundo, pues ya os podéis hacer una idea.

Y precisamente yo estoy aquí escribiendo estas líneas gracias al amor que tuvo mi padre por dos muñecas, una es Isla, mi madre, y la otra es Lisla.

Pero ¿aquel azar fue fruto del destino o del deseo? Pues mi padre está convencido que fue el destino, por supuesto, por eso me llamó Desiny, una mezcla entre *Destiny* y *Design*, las dos pilares de la vida de mis padres. Y básicamente esa es mi historia, fue gracias a Isla, a Lais (mi padre), a Lisla (mi madre), a un puñado de basura y a la imaginación de mis padres por lo que

nací con un pan debajo del brazo y me crie en medio de *la crème de la crème* de la sociedad neoyorquina.

A mí también me encantaban las muñecas, y siempre jugaba con ellas con mi cuidadora Emilina. Pero desgraciadamente un día nos tuvo que dejar por que se había divorciado y se volvió a España, que era su país de origen. De ahí salió la famosa Lislá divorciada, con su porche, su mansión, etc ¿Y si me gustaba estudiar? Bueno, no mucho. Pero en el último año de instituto me dio por aprender idiomas. “El español es el futuro de Lislá,” me dijo mi padre, “en Latinoamérica tenemos muchas de nuestras fábricas.” Y solo por llevarle la contraria, me apunté a Francés.

Y sinceramente no me arrepiento porque en esa clase me enamoré, no del idioma, ni tampoco de profesor, sino de un chico que se sentaba en la tercera fila. Era moreno, tenía un aspecto exótico, seguramente era latino o del medio oriente. No era muy alto, tampoco guapo pero tenía un algo especial. Me pasaba las clases mirándolo, a él y a sus tatuajes. Tenía uno muy bonito en el hombro de una araña. Al principio era solo para entretener la vista, pero cuanto más lo observaba, más me gustaba y menos me atrevía a ir a saludarlo.

Un día me senté justo detrás de él, pues sentarse al lado era demasiado obvio.

Aproveché la ocasión para preguntarle que qué tema había que estudiar para el examen.

“¿Ah, que hay un examen?” respondió.

Y me reí. No sabía qué responder. Tenía una voz muy bonita y la garganta de hombre, con la manzana de adán bien marcada.

“¿Cómo te llamas?” le pregunté.

“Sidney. ¿Y tú?”

“Desiny”

“¿En serio?”

“Sí ¿por qué?”

“pues creo que tenemos el mismo nombre.”

“¿El mismo nombre?”

“Sí, bueno, no estoy seguro, pero déjame ver.”

Sidney escribió en su libreta nuestros dos nombres uno encima del otro, y como jugando al ahorcado pero al revés descubrimos que efectivamente, teníamos el mismo nombre, pero con las letras en orden distinto. Me pareció curioso y no volvimos a decir nada durante el resto de la clase. Cuando sonó la campana, cogí mi mochila, me la puse al hombro y antes de irme le dije “bueno un placer, nos vemos” “ciao” me respondió.

En la siguiente clase de francés volvimos a sentarnos juntos y a hablar de la vida y otras banalidades, hasta que se atrevió a preguntarme que si me apetecía ir a recogerlo después de su entrenamiento de deporte. “Bueno, vale” le dije con indiferencia, pero la realidad era que me moría de ganas por dentro. Y así fue como eso desembocó en nuestra primera cita, y luego en una segunda cita, y después de eso continuamos viéndonos y quedando, y así de la nada y sin darnos cuenta acabamos siendo novios.

Recuerdo los momentos que pasamos juntos como si los acabase de vivir, recuerdo chistes que compartíamos juntos. Muy a menudo nos reíamos sin parar y la gente no sabía de qué nos reíamos. También recuerdo su olor, que era una combinación entre su olor natural, el olor del detergente que usaba su madre y Silky 2012, su perfume favorito.

En invierno solía venir a mi casa a ver películas. Pero las películas era más bien una excusa para que mis padres lo dejaran subir a mi ático. Porque mirar películas no era precisamente lo que hacíamos, teníamos otras ocupaciones. Y en verano nos gustaba ir a pasear en su jaguar por las afueras de la ciudad y a veces aprovechábamos para ir a ver a un amigo suyo para hacer alguna que otra compra. En esos momentos es cuando poníamos la música a todo volumen, abríamos el techo del descapotable, pisábamos el acelerador para

despeinarnos y transformar el coche en un carnaval de papeles bíblicos voladores.

En realidad, nunca supe muy bien lo que hacían sus padres como trabajo, era algo que no se decía, que estaba en el aire, que todos comprendíamos, incluso mis padres, por eso a ellos no les hacía mucha gracia que tuviese un novio así. “Ay déjala, es joven, ya aprenderá” decía mi padre. Pero a mi madre Sidney no le gustó jamás, posiblemente porque al igual que ella, él también tenía nombre de isla, y eso le resultaba un poco intimidante.

Aquella foto que sostenía ahora en mis manos tenía mucho polvo y era del día de nuestra graduación, justo antes de ir a la fiesta en el hotel Ritz-Carlton y nos habíamos alquilado una limusina para acudir allí.

En la época en la que esa foto se había tomado éramos muy jóvenes y Cupido estaba de nuestro lado. Pero desgraciadamente el dios del deseo no tiene mucho poder y un día, no mucho después de la graduación, la Justicia nos enseñó su verdadera cara. Aquella mañana yo estaba en mi casa, me acababa de levantar a las once con un poco de resaca y recibí una llamada de un número oculto. Era Sidney “Hola soy Sidney. Mira, no puedo hablar mucho pero tengo malas noticias. Estoy en la cárcel, es por algo que hicieron mis

padres. No me han dejado coger nada y no tengo ropa de recambio. ¿podrías venir a visitarme esta tarde y traerme algunos calzoncillos? Las llaves de mi casa ya sabes dónde están escondidas”.

La primera vez que fui a visitar a Sidney a la cárcel estaba bastante aterrada. Era sobre todo por el ambiente siniestro. Acudir a aquel lugar era un poco como pasar por aduanas. Te hacen andar por un detector de metales, luego tienes que darle la vuelta a los bolsillos de tu pantalón, dejar tus cosas en un casillero. A la sala de visita no puedes llevar nada, tan solo a ti mismo y a tu ropa, que tiene que respetar los estándares religiosos de aquellos que conquistaron esta parte del mundo.

En aquel centro, la tristeza y la mala vida pesaban en el aire. Presentía que los guardas de seguridad estaban quemados por el trabajo y por lo que veían. De vez en cuando había algún que otro abogado desfilando por allí, igual de quemados, pero mejor vestidos.

En las prisiones de Norte América, cada diez pasos hay varios hombres de seguridad, armados hasta los dientes. Todos tenían un aspecto rancio y de pocos amigos, otros tenían barriga cervecera. Pero hubo uno que era la excepción a la regla. Era un hombre de mediana edad, de pelo gris y sonrisa

alegre.

Cuando rellené mi formulario, puse mi nombre completo: Desiny Dass.

Cuando el hombre lo leyó, se puso a mirar la hoja sorprendido.

“Dass... ¿eso no tiene nada que ver con Lais Dass?” dijo.

“Sí, es mi padre” le dije.

“¡Ostras no me digas!” y se quitó la gorra mientras abría la boca y los ojos.

“¿tú eres la hija del inventor de la muñeca esa, Lislá?”

“Sí” y sonreí. No sabía qué decir más.

“Cielo santo, mi hija tiene toda una colección, está obsesionada. Nos pide una cada navidad, y para los cumpleaños también. Le compramos la casa de Lislá y todos los complementos, y se pasa la vida vistiéndolas, peinándolas. Cielo santo. ¿Quién iba a decir que algún día acabaría viendo en mi trabajo a la hija del inventor de las muñecas esas? La cara que va a poner mi mujer cuando se lo diga. Y dime jovencita, ¿qué haces en un antro como este? Vienes a visitar a...leyó el papel, y ahí estaba su nombre, Sidney Harfouche.”

“Es mi novio. Pero doy por sentado que puedo contar con su discreción señor...?” (quería saber su nombre por si acaso había filtración de información).

“Señor Hope-trinidity. Pero me puedes llamar Elisha.”

“¿Elisha Hope-trinidity?” Le pregunté. Vaya, aquel hombre me había superado

en lo que se refiere a nombres extraños.

“Bueno, ahora deja todas tus joyas, el reloj y tu bolso en este casillero. En la sala de visitas hay un bar. Ahí podrás comprar algún snack si quieres.”

Y Elisha me condujo a la sala de visitas. Antes de irse, me dijo:

“Una pregunta. ¿Podrías escribirle un autógrafo a mi hija? Ella es vuestra fan número 1?”

“Claro ¿cómo se llama?”

“Saint-Ozéane.”

Y le asentí con la cabeza.

La sala de visita me recordó la cafetería de mi instituto. Había como unas ochenta mesas, y varias familias reunidas y después de echar un vistazo panorámico, me senté en una para esperar a Sidney, quien no tardó mucho en llegar. Cuando de repente lo vi entrar, me hizo extraño verlo esposado y triste, él que de costumbre era tan libre y alegre.

Cuando se sentó en frente de mí, nos abrazamos y empecé a llorar. En seguida un hombre de seguridad se acercó. Al parecer no podía tocarle nada más que las manos hasta las muñecas, el resto del cuerpo no. Durante unos segundos no dijimos nada, pues yo estaba tratando de parar de llorar. Él me miraba fijamente, con cara de perdedor.

“Bueno, supongo que te sorprendió el otro día cuando te llamé desde la

cárcel.”

“Eso es más bien un eufemismo”

“Todo es culpa de mis padres. Tu sabes que ellos se dedicaban a...”

“Si, ya lo sé. ¿Estás aquí por eso? ¿Si tú no tienes nada que ver con esa mierda?

“Bueno, soy cómplice.”

“Pero, no es tu culpa”

“Ya. De todas maneras tengo abogados. Dicen que lo mejor es que me declare culpable y con un poco de buena conducta, que me reducirán la condena.”

“¿Vas en serio Sidney? ¿¿o sea que vas a tener una condena??”

“Son las leyes de aquí.”

“Joder.”

Y me cogió las manos mientras me salían aún más lágrimas, pero esta vez no de alegría, sino de rabia.

“¿Y tus padres?”

“Están en otra cárcel. A ellos les van a caer muchos años creo”

“¿Te tratan bien aquí?”

“Bueno, mi compañero de celda me cae muy bien. Es el cubano ese que está sentado allí. Alejandro. El que lo está visitando es su gemelo”

“¿son gemelos?”

“bueno, en realidad son trillizos”

“Cielo santo, estos cubanos sí que son fértiles”

“Ya. A su hermano el pobre cuando se estaba yendo el otro día lo confundieron con Alejandro y casi lo meten preso.”

“Jajajaja ¿en serio? ¿y el tercer gemelo?”

“La otra es una chica. Pero tiene la misma cara que sus hermanos.”

“bueno, pues por si acaso se le ha pasado por la cabeza, dile que no es el bueno momento para hacerse un cambio de sexo, dadas las circunstancias”.

“Por lo menos nos hemos reímos un poco.”

Y en seguida se me fue la sonrisa de la boca.

“¿Me has traído lo que te dije?” me preguntó.

“Sí, se lo he dado al guardia de seguridad.”

“¿Quieres jugar al parchís? Allí hay juegos de mesa.”

Y los tres cuartos de hora que quedaban los pasamos jugando al parchís, riéndonos.

Antes de irme por la puerta de los visitantes, le pedí a un hombre de seguridad un papel y un boli. Cuando me los dio, me puse a escribir:

Hola Saint-Ozeane!

No me conoces, me llamo Desiny y soy la hija del creador de Lislá. Tu padre me ha dicho que las coleccionas. No sé si tienes la Lislá profesora, la doctora o la astronauta, pues mis padres quisieron darle a Lislá 50 carreras para sacarla de la cocina. Espero que en el futuro te inspire. Pero nunca olvides que si lo puedes imaginar, lo puedes lograr.

Desiny.
XX

Y le hice un dibujito de una muñeca al lado.

Y se lo di a Elisha, quien casi se puso a llorar al leerlo.

“Mira si necesitas algo, llama a la recepción y aprieta la extensión #2009, ese es mi teléfono.” Me dijo mientras me cogía las manos “y que Dios te bendiga hija”.

Para mantenerme ocupada entre visita y visita en la prisión, me apunté a clases de mandarín. Después de todo, algún día yo sería la cabeza de Lislá Inc. y la novia de América era muy popular en el país dónde las fabricaban. Aquel año mi padre me decía que estaba perdiendo el tiempo, que el mandarín no tenía ningún futuro. Y de nuevo, para llevarle la contraria me cambié de grupo y me apunté a clases intensivas. Había mucha tensión entre nosotros dos pues él sabía que yo iba a visitar a Sidney a la cárcel, y eso no le hacía mucha gracia.

Un día me dijo que me mudase a Los Ángeles a estudiar la carrera de Derecho allí, esa carrera que me apasionaba tanto. Al parecer en Nueva York había demasiados abogados. Añadió que mudarme a la costa oeste era la mejor opción para mí, que allí habría más oportunidades. Sin embargo yo tenía otros planes y no podía simplemente irme y dejar a Sidney a la merced de nadie.

¿Quién le iba a visitar a la cárcel, a llevar tabaco y champú del bueno?

Y aunque parezca irónico, el ambiente en mi casa no era mucho mejor que el de la prisión, pues mi padre estaba negro de cólera conmigo. Tuvimos alguna que otra bronca, yo siempre defendiendo mis decisiones y mis derechos.

Pero hubo una tarde que la bronca fue monumental, y para refugiarme en alguien de confianza, fui a la cárcel a visitar a Sidney. El sitio era el mismo, Elisha seguía ahí, y las normas no habían cambiado, pero vi algo distinto en la cara de Sidney, algo que no me daba buena espina.

“Hola” le dije.

“Hola”

“¿Cómo estás?”

“Bien.”

No paraba de responder con monosílabos. Le pregunté que qué pasaba.

“Mira Desiny, soy un drogadicto, no tengo ningún diploma. Probablemente cuando salga de aquí no encontraré trabajo, le debo miles de dólares a mi abogado y creo que tengo pulgas.”

“Bueno, eso parece una buena carta de recomendación.” Le respondí para darle ánimos.

“¿qué estás haciendo aquí?” me preguntó.

“Pues apoyarte.”

“No necesito que nadie me rescate.”

“Pero yo sí.”

Sidney suspiró y dijo:

“Mira, he conocido a una chica.”

No respondí.

“Tus padres son multimillonarios y tienes toda la vida por delante. Sal de este antro y disfrútala. Conocerás a chicos, te divertirás, te casarás, tendrás niños y serán muy guapos y estudiarán en las mejores universidades y ya verás que pronto te olvidarás de este pobre indigente que tienes en frente.”

Un par de horas después ya estaba en casa hablando por teléfono con una compañía de mudanzas. Cuando llegaron los empleados les dije que lo empaquetasen todo, mis bolsos, mis cuadros, mi arte, mis joyas, mi ropa, mis libros y mis muebles. No lo hice por amor, ni por California, ni por mi padre ni a la carrera de Derecho. Lo hice pues no sé muy bien porqué, por las circunstancias de esta vida, que a veces es imprevisible.

Pero hubo una cosa que no dejé que empaquetasen. Una muñeca Lislá, pero no una cualquiera, la original, la OG, la primera que hubo. Cuando el negocio de mi padre empezó a explotar, los abogados de mi padre le preguntaron que

donde estaba aquella pieza de colección. Al parecer la tenía una tal Beatriz, la hermana de mi madre. “Pero ¿qué dices? Si mi mujer le regaló aquella muñeca a Beatriz cuando éramos unos críos, y era un regalo, o sea que creo que va a ser imposible recuperarla” “¿Imposible?” Le dijo uno de los abogados. “Nada es imposible. Esa muñeca dentro de unas décadas va a valer lo que no está escrito”

Y es verdad, nada es imposible, pero siempre existen vías nobles y otras no tanto y como para ciertas personas el dinero es más importante que las personas, pues mediante un juicio frívolo, fue así como los abogados recuperaron a la muñeca. Y no solo eso, sino que para no ensuciar la imagen pública de la empresa, dijeron que iban a dar los beneficios a una caridad para niños con cáncer, lo cual era mentira.

Un día me empeñé con que quería tener a la primera Lislá en mi habitación, y mi padre acabó dándomela. En nuestra sucesión de broncas no se acordó de que la tenía yo, y antes de que él se hiciese con ella, la cogí, la empaqueté en una caja de zapatos y me subí al coche, en dirección a la prisión donde estaba Sidney. Pero la única diferencia era que esta vez no iba a visitarlo a él.

Al llegar, me atendió Elisha y me dijo que me quitase las joyas y que le dejase el bolso en la taquilla.

“No... verás... no he venido para visitar a nadie.”

“¿Qué pasa?”

“Mañana me mudo a Los Ángeles. Al hacer mis maletas encontré algo que te quería dar como recuerdo”

Y le di la caja de zapatos. Dentro estaba la muñeca original, la primera Lislá, para Saint-Ozeane, que estoy segura que la apreciaría más que mi familia, o incluso que yo, pues nosotros lo teníamos todo y por eso, en el fondo, no podíamos tener nada.

No quería que la abriese conmigo delante, pues no me gustan los dramas. Le dejé una notita dentro, diciéndoles que era una muñeca de colección, que la guardasen a cierta temperatura, o que incluso, que la metieran en una caja fuerte en el banco, que eso le podría pagar la universidad a la niña, que no la subastasen hasta pasar unos años, que cuanto más vieja, más valdría.

Los Ángeles no es tan bonito como parece en las películas. No sé si es que no tuve mala suerte o qué, pero de vez en cuando me sorprendía deambulando en mi barrio donde los yonkies y las jeringuillas se fundían en el paisaje. Quería mudarme a un barrio mejor, pero desafortunadamente no podía permitirme esos lujos, pues apenas tenía dinero. Y si era incapaz de pagar el alquiler, eso significaba que tenía que cortar otros lujos y encontrarme un trabajo.

Al día siguiente me di de baja en la universidad. No fue nada triste pues las clases no me emocionaban mucho. Mandé mi currículum a todas partes y por fin, un día, así de la nada, me llamaron de una funeraria para trabajar como maquilladora de gente que había pasado a mejor vida. Visto que de vez en cuando me daban trabajo en el departamento de imagen de Lislá, había adquirido por accidente nociones de combinación de colores, tonalidades y maquillaje. El gerente quería verme ese mismo día a las 8 de la tarde para conocerme un poco. Me hicieron muchísimas preguntas, muchas de ellas no tenían nada que ver con el trabajo. ¿Cuál es tu canción favorita? ¿Cómo eras cuando eras una niña?

Al día siguiente ya tenía un contrato de trabajo firmado y sellado. En realidad mi trabajo no iba a ser muy distinto del que hacía a veces en Lislá Inc. La única diferencia era que en vez de darle vida a un ser mediante su imagen, ahora los iba a arreglar para su despedida.

El trabajo era triste y conmovedor a la vez. Me llenaba ayudar a familias enteras a decir adiós a sus seres queridos, maquillarlos para que se vean decentes en sus ceremonias de despedida. Pero siempre es dolorido decirle adiós a alguien que se va. Y si bien mi trabajo a veces era un poco oscuro, mi

vida personal tenía tintes más coloridos.

Conocí a Karonte en la biblioteca, cuando solía ir a alquilar películas. El chico que escaneaba los CDs me dijo una vez “Lo siento, pero no puedes coger más de siete DVDs, tienes que seleccionar” y empezamos a seleccionarlas juntos. Cuando aparté la de *Pretty Woman*, él me dijo “yo de ti no dejaría esa, Julia Roberts es muy guapa, igual que tú”. Y a la semana de después ya estábamos paseando juntos por el parque donde había muchas gaviotas.

Al cabo de 3 meses, un día, después de salir del trabajo, le dije a Karonte que si le apetecía salir.

“Lo siento, no puedo ir, tengo planes familiares.” Me dijo.

“Bueno, no pasa nada.” respondí.

Sin embargo, su respuesta no me quitó las ganas de salir pues me habían recomendado un bar muy bueno que se llamaba *Los 3 braseros* y que parecía muy divertido.

Llamé a mis amigas Estelle y Sophie y a las pocas horas ya estábamos las tres bailando, brindando y cantando. Y es verdad, el ambiente era muy bueno, pero

todo se vino abajo cuando de repente lo vi, a Karonte, bailando el vals con otra chica y pasándosele estupendamente. No quise montarle ningún pollo pues mi orgullo es mucho más importante. Creo que en el fondo me rompió un poquito el corazón, pero no por mucho tiempo puesto que no tardé en conocer a otros chicos, y a otras chicas también.

No mucho tiempo después de aquel incidente, en el trabajo me invitaron al cumpleaños de Alfonso, el jefe de la funeraria. Al principio dije que no, el trabajo y el ambiente lúgubre me agotaban un poco y lo único que me apetecía era embrutecerme delante de la televisión. Pero mi amiga insistió e insistió mucho y luego me acordé de Karonte y por eso juzgué necesario que me merecía un poco de juerga. Y fue así cómo terminé aceptando la invitación.

Aquella noche el puro azar alineó los astros pues si mi amigo Vincent no me hubiese recomendado *Los 3 braseros*, si Karonte no hubiese acabado en el mismo bar que yo con su segundo ligue, si mi amiga no me hubiese insistido, y si nos hubiésemos sentado en una mesa diferente aquella noche en el cumpleaños de Alfonso, nunca hubiese conocido a Daisy, la camarera que nos atendió.

Aquella noche nos reunimos una docena de amigos y de compañeros de

trabajo. Yo me esperaba a que Alfonso nos invitase a todos, pero desafortunadamente aquel momento nunca llegó y puesto que nadie se atrevió a decir nada, nos pusimos todos a hacer cola en la caja para pagar cada uno su ración. Yo le dejé a la camarera una buena propina, pues las sonrisas que me había regalado y el champán me pusieron de buen humor. Fue una noche fantástica y cuando nos despedimos todos, y llegué a mi casa, me desvestí para meterme en la ducha. Me había caído un poco de salsa de tomate en la falda, o sea que antes de meterla en la lavadora, metí las manos en los bolsillos para sacar los papeles. En los bolsillos tenía la factura del restaurante, y lo tiré encima de la cama. Me duché, y cuando me estaba secando el pelo vi que detrás de la factura había algo escrito, unos números, bueno, un número de teléfono.

Daisy era una joven flaca, guapa, y le gustaba llevar botas de piel de vaca. Era el retrato de Kate Moss y de hecho en su tiempo libre se dedicaba a posar como modelo para revistas y marcas de moda. A veces me enseñaba sus fotos de modelo y en la mayoría de ellas ni la reconocía. Ella decía que era el maquillaje, pero sospecho que el Photoshop también tenía algo que ver con aquellas transformaciones tan radicales.

Salir de fiesta con ella era muy divertido. Conocía todas las discotecas de la

ciudad y cada vez que entrábamos a un local, siempre se le acercaba gente para saludarla. Y yo entiendo que a uno le guste la marcha, pero sinceramente no sé si hay suficientes fines de semana en una vida para conocer a tantas personas y a tanto local en una ciudad tan monstruosamente grande como Los Ángeles. La respuesta a eso es muy fácil, ella iba a varios locales por noche. Cuando salíamos juntas, nunca sabíamos dónde íbamos a acabar. Con ella podías perfectamente salir por el este, emborracharte, luego coger un taxi, acabar en una fiesta de despedida de soltero para luego rematarlo todo en una noria observando el horizonte. Era precisamente esa imprevisibilidad lo que me gustaba de ella.

Una vez estábamos bailando juntas en un pub y cuando le quise hacer beber de mi cerveza le rompí un diente. Me sentí muy mal pues le había estropeado la imagen al retrato de Kate Moss. Por eso le pagué el dentista, y muchas otras cosas más también, y lo peor es que fue acostumbrándose a esos lujos, pero me daba pena, y además, era tan guapa. Por las noches no dejábamos dormir a mi compañero de piso y nos gritaba “Bueno, ¡parad ya! ¡Que mañana tengo que trabajar!”.

Estuve con Daisy unos meses, pero llegó un punto que ya no pude más de ella, su conversación me llenaba igual que un largometraje japonés. No rompimos

ni nada. Solo que la frecuencia de sus visitas fue disminuyendo.

Un día, así de la nada, en el trabajo me llamó la recepcionista de la funeraria.

“Hola Desiny, ¿Puedes bajar un momento? Tienes visita.”

“¿Visita? ¿para mí? ¿Quién es?” le pregunté.

“Una amiga”

“pero si yo no tengo amigos”

Y con un suspiró, me colgó el teléfono.

Y de repente, nada más bajar, ahí la vi, a Daisy esperándome en el hall. Hacía varios meses que no sabía nada de ella.

Con mucha pena y tristeza, me di cuenta de que Daisy ya no era la de antes. Aquel belleza que conocí, que parecía más bien un ángel, se había convertido en una chica convencional, guapa, pero dejada. En realidad, tenía un aspecto horrible, el pelo graso y sin peinar, y su ropa de segunda mano era demasiado grande para ella. Ahí fue cuando comprendí que a la gente no les gustan las copias, y nadie invierte un real para escuchar a los nuevos Beatles, o a la nueva Madonna o a la sucesora de Kate Moss. El público busca algo original, nuevo, fresco y Daisy encajaba demasiado en un molde que ya existía. Me pregunté si habría dejado las drogas o no. Vino a pedirme dinero. Ella sabía

que yo ahorraba mucho y no se cortaba nada en tender la mano. Su abuela acababa de morir y no tenía suficiente para pagar los costes del funeral.

“¿Cuánto necesitas?” le pregunté un poco desesperada.

“2500” dijo ella, con una voz de niña buena.

Daisy ya me había hablado de su abuela a la que casi nadie de la familia hablaba. Al parecer la vieja esa era un bicho malo, pero que muy malo y cuando me contaba historias sobre ellas, le dije que se la presentara a los estudios de Hollywood, pues tenía el perfil perfecto para ser la bruja del nuevo estreno de Walt Disney.

“¿Por qué no la tiras a la fosa común?” le pregunté.

“Pues no sé...es que tengo miedo de que su espíritu venga y me aceche”.

Bueno, concluí que no había dejado las drogas. Y si bien yo muchas veces me reía de lo que decía o hacía Daisy, porque sabía que tenía la cabeza hueca, y fue por eso por lo que la dejé, a mí también me invadió ese miedo de que su abuela tenebrosa viniese a por mí y apareciese en mis sueños. Y es que en el fondo, todos tenemos esos miedos. O sea que no me lo pensé más, fui al cajero, saqué 3000 dólares y los metí en un sobre. Hablamos unos minutos más, de la vida y otras banalidades y acabó despidiéndose. Le di un beso en la mejilla, cerca de la boca, un poco como para decirle que todavía le tenía un

poco de cariño. Creo que de alguna manera me veía reflejada en ella, y por eso me ayudó a no acabar como ella. En seguida se fue, la vi irse por los jardines verdes de la funeraria, ella tan alta y con esas piernas tan largas, esa ropa demasiado grande y ese pelo tan alborotado. Y por un instante me acordé de las drogas que tomábamos, de los bailes que nos pegábamos, las fiestas a las que íbamos y de los taxis en los que huíamos. Fue la última vez que la vi y nunca más supe de ella. No sé si fue feliz, si se casó, si tuvo hijos o si acabó de monja, pero conociéndola, ningún desenlace me hubiese sorprendido.

Lo que sí que me sorprendió es que aquel episodio cambió un poquito mi vida. Me explico. Yo siempre solía pagar con tarjeta de crédito y nunca iba a los cajeros. Sin embargo, aquella vez Daisy no me dio elección, tenía que darle ese dinero en efectivo. Y como soy muy romántica, la palabra clave de mi tarjeta de crédito era “araña” pues era un tatuaje que tenía Sidney en el brazo y que significaba mucho para nosotros. El problema era que el teclado inglés no tenía la ñ y me vi negra para sacar el dinero. O sea que me di la vuelta y le pregunté al chico de detrás si me podía ayudar. Aceptó la propuesta y con mucho gusto me ayudó, y al cabo de veinte minutos por fin conseguimos poner una ñ en el teclado. Cuando por fin pude sacar los tres mil dólares, salí del banco y él estaba ahí, en la entrada, fumándose un cigarrillo y por lo visto, esperándome. “¿le sueles dar tu contraseña bancaria a muchos desconocidos?”

me preguntó.

Se llamaba Sindore, y era canadiense, pero no un canadiense normal, uno simpático. También había intentado estudiar Derecho en Montreal, su ciudad natal, pero un día, harto de la nieve y de las leyes de Pareto, decidió venirse al sol. Se pasaba el día jugando y apostando dinero en el casino, y por eso iba a los cajeros a menudo, a reponer el bolsillo. No trabajaba, y de hecho creo que nunca trabajó. Sus abuelos paternos eran húngaros, y en los años treinta, nada más ver que el estatus de su gente se venía abajo a la velocidad de la luz, se vinieron al nuevo mundo a probar suerte. Y la encontraron pues el padre de Sindore se convirtió en un brillante hombre de negocios que condujo una de las campañas publicitarias más exitosas de todos los tiempos. Se dedicaba al negocio de los diamantes y de hecho fue gracias a eso que su padre conoció a su madre, una gran aficionada de las joyas que se dedicaba a coleccionar diamantes y a buscar un marido millonario. Y bien, pues parece que sus deseos fueron órdenes.

Se conocieron por casualidad, en un semáforo, mientras el traficante de diamantes estaba sentado en el asiento de copiloto de su coche y su chófer lo conducía a una reunión. El semáforo no tardó mucho en ponerse en verde, pero desgraciadamente un viejecito que andaba muy despacito no dejó a ninguno de

los coches esperando arrancar, y así esperando, y aburriéndose, su padre se fijó en el coche de al lado. Lo conducía una rubia que se estaba fumando un cigarrillo. Pero incluso el humo pesado y blanco no escondía los brillos y destellos tan fuertes de aquel diamante que llevaba en la mano izquierda. Y fue justamente por aquella misma razón que el padre de Sindore le habló por primera vez.

“Menuda joya” le dijo.

“Es de mentira imbécil” le contestó ella.

“No me refería al anillo”

Y fue así como los padres de Sindore se conocieron. La cosa iba en serio porque a los pocos meses se casaron y celebraron una boda por todo lo alto. El vestido de novia era horrible, extremadamente recargado y con muchos volantes puesto que se estaban casando de penalti. No solo no querían que nadie se enterase de aquel pecado, pero decidieron darle la vuelta a la tortilla y llamar al niño Dineros, porque así les daría suerte, pensó la coleccionista de diamantes. El cura no les dejó ponerle al niño un nombre tan cutre, pero la madre era muy cabezota y siempre se salía con la suya, o sea que le cambió el orden a las letras y lo llamó Sindore.

Mis amigas no se lo podían creer, “si algún día te casas con él, que sea en

comunidad de bienes por favor” me decían mientras nos reíamos a carcajada limpia.

Nuestra primera cita fue en el restaurante *La vaca Lola*. La especialidad era la carne y tenían los mejores asados de todo Estados Unidos. Aquella noche hablamos de todo, de nada, del pasado, del futuro, del presente, nos reímos, y hasta lloramos de la risa. Me llevó a casa en coche y nos besamos bajo las estrellas de Los Ángeles. Fuimos a una segunda cita, a una tercera, al parque de atracciones a gritar en las montañas rusas, a comer con sus abuelitos, que los pobres ya estaban viejitos y me querían mucho. Pero lo que más nos gustaba era ir a conciertos de música. En realidad la afición de ir a conciertos de rock me la pegó él, y él la cogió de su padre, un gran fanático de los Rolling Stone.

Y lo mejor de todo es que el señor no se toma sus aficiones a la ligera. Todos los veranos el padre de Sindore organizaba un mega concierto en el estadio de Hockey de Montreal, pues él era el dueño. Invitaba a las grandes estrellas del momento a cantar y se recaudaban fondos para luchar contra alguna buena causa. Paralelamente, también se invitaban a políticos y hombres de negocios para que diesen discursos. La primera vez que fuimos al concierto el padre de Sindore nos consiguió entradas VIP. Allí nos pusimos a tomar a cervezas junto

con los músicos que iban a tocar. En la misma habitación estaban también con nosotros el primer ministro de Canadá Benjamín True-d'eau y Teal Lakes, el hombre que en aquel momento era el más rico del mundo. Los dos estaban hablando, riéndose y bebiendo vino juntos. Y cuando vi a Teal Lakes me quedé un poco decepcionada, pues si es verdad que era mucho más alto de lo que parecía en la tele, también tenía más barriga. Estaba hecho un abuelo el pobre, pero un abuelo muy simpático.

En un momento dado salió un hombre trajeado a dar un discurso. Tenía acento americano y empezó a hablar de los daños colaterales de las nuevas tecnologías con un discurso bastante oscuro y aterrador. Estaba recomendado a los jóvenes de dejar de usar las redes sociales, pues todas aquellas micro acciones atómicas que hacían día a día les iba a repercutir de manera muy negativa en algún futuro no tan lejano. Las redes sociales, los móviles e internet escuchaban sus conversaciones y sus movimientos a diario, recolectaban su información más íntima y la vendían a compañías de marketing para así poder manipularlos. “La cosa es mucho más grave de lo que parece, pero tengo fe en un futuro digno para la juventud de hoy en día”. Así terminó su discurso.

Entonces yo me acerqué a Teal Lakes, que estaba a mi lado y le dije “Me

pregunto si ese hombre mira Sálvame Deluxe” y él se empezó a reír, y no se rio por el chiste en sí, que era muy malo, sino porque no venía a cuento en aquella situación. Pero daba igual, le acababa de hacer reír al hombre más rico mundo, y eso era algo que algún día le contaré a mis nietos.

Bueno, en realidad fue lo segundo más importante, porque aquel día pasaron muchas cosas. Al final del concierto, y así de la nada, en aquella habitación llena de gente importante, Sindore se puso de rodillas y me dijo “¿Te quieres casar conmigo?” y sacó un paquete bastante grande envuelto en papel de regalo con un lazo rojo enorme. Yo lo que me esperaba era abrir aquel paquete, y dentro encontrar una caja idéntica pero más pequeña y abrirla y así sucesivamente hasta que por fin, tras abrir seis o siete cajas iguales encontrar un anillo con un diamante enorme. Pero en vez de eso, cuando abrí la primera caja encontré...una muñeca. Pero no cualquier muñeca, era una que me era bastante familiar, que me había pertenecido en un pasado, era Lislá fresita, la primera Lislá que fabricó mi padre para mi madre. Y lo peor de todo era que aquellas personas tan importantes estaban allí observando la escena y me hicieron la protagonista. Acepté la propuesta, pero un poco confusa.

“Bueno ¿El anillo está escondido en el pelo?” dije pasándole los dedos por la melena.

Y todos se rieron, y Sindore me cogió de la mano y me explicó que él me quería demasiado para regalarme diamantes. Me sentí muy insultada, pero todo tiene una explicación. Resulta que lo de los diamantes en realidad es uno de los mayores timos del siglo veinte porque no tienen ningún valor intrínseco. El monopolio que los controla les sube el precio de manera exagerada y en realidad no es una piedra escasa, hay muchos diamantes en el mundo.

“No le puedo dar un diamante a una persona tan única como tú” me dijo. Y ahí todos se pusieron a decir “ohhhh” mientras hacían la forma de un corazón con sus manos.

Nos casamos al día siguiente por el juzgado. Yo llevaba unos vaqueros rotos y una camiseta de estar por casa y él unos pantalones caquis de explorador. Nos daba igual, lo importante era el papel y lo que representaba. “Ya celebraremos una boda a lo grande y como es debido”. Desafortunadamente, eso nunca ocurrió.

Sus ojos eran tiernos y su personalidad era bonita, pero desgraciadamente no compatible con la mía. Cada día que pasaba era más obvio y por mucho que intentase ignorar la verdad, un día las cosas cayeron por su propio peso y le dije que teníamos que hablar. Puso cara triste, pero alguien tenía que dar el paso. Me dijo que le rompí el corazón. ¿A que duele? Le dije. Pero bueno, en

este juego, tiempo al tiempo, y cada uno su turno.

Me mudé sola a un piso diminuto en la calle Saint Marc. Mis bolsos, mis zapatos y mis joyas apenas cabían allí, pero después de todo por lo que había pasado, eran lo único que me hacían feliz.

A los pocos meses en el trabajo celebramos el funeral de un antiguo jugador de la NBA que era muy famoso. Al parecer había sobresalido mucho en el mundo del baloncesto, pues en la ceremonia expusimos todos sus premios cerca del ataúd, y debido al estatus social y la historia del difunto, tuve que hacerle un maquillaje llamativo pero también sofisticado.

Sinceramente no me apasiona el deporte, y desde mi perspectiva, la persona que sí sobresalió durante el funeral fue Anthony, el primo de la estrella. Aquel hombre era imposible de ignorar y no solo por su altura, pero también por su belleza, unos rasgos finos y delicados provenientes de África.

Me llevó a un restaurante cerca del centro. Durante la conversación, él habló más que yo, de su madre, de su padre, de su ex mujer, de su hijo, de sus estudios.

Y bueno, un dulce no le amarga a nadie y no tardé mucho en invitarlo a mi

casa, aquel apartamento tan chiquito que le gustó tanto. Nos pasamos horas besándonos, desgraciadamente para mi cuello, porque cogí una torticollis. Y aquel amor fugaz no duró mucho, pero literalmente, y no solo por problemas de personalidad, sino por problemas técnicos y de tamaño. Y así de triste y de cómico fue nuestro final feliz.

Lo que sí que es cómico y triste a la vez es la siguiente odisea que me ocurrió. El abuelo de Sindore, un húngaro de nacimiento, se refugió en Montreal en los años cuarenta. Allí abrió una tienda de objetos y ropa *vintage*. Estaba situada en un barrio residencial del oeste de la ciudad canadiense, justo en frente del parque Chester. En realidad la tienda era un apartamento que lo habían reciclado en comercio y los abuelos de Sindore habían conservado la zona de la cocina y un par de sofás del salón para ofrecer a los clientes una experiencia única. Las paredes estaban empapeladas con dibujos multicolores de pavos reales. Por las tardes servían té y galletas a los clientes mientras se relajaban para leer revistas antiguas, observar la tienda y socializar con los demás. Los objetos y la ropa más recientes eran de los años sesenta e incluían colecciones *vintage* de abrigos de piel, cinturones, blusas de seda, vestidos de novia, muñecas, perfumes, cerámica china, y lencería fina.

Pero lo que realmente hacía que la tienda fuese tan especial era el amor y la

energía que transmitía, pues aquello era más que un comercio, era un espacio social. Ciertos clientes decían que acudían allí sobre todo por la conversación que ofrecían los dos propietarios, los abuelos de Sindore, dos sabios que consiguieron sobrevivir a los horrores de la guerra y que se convirtieron en magníficos narradores. Incluso la CBC instaló un micrófono en la tienda para así poder retransmitir a sus seguidores las interminables conversaciones que tenían lugar en ese espacio mágico. Acudía mucha gente famosa y los abuelos de Sindore consiguieron mantener esa fama gracias a su autenticidad. A pesar de la revolución tecnológica, nunca instalaron ni teléfono ni internet y nunca perdieron ni un cliente.

Abrían solo tres días a la semana y cerraban un mes al año, el mes de febrero, para así poder escapar del crudo invierno polar. Cuando los abuelos de Sindore alcanzaron una situación económica óptima, empezaron a veranear en Santa Mónica, California. Año tras año, los viajes a la costa del pacífico se convirtieron en una costumbre y por eso acabaron comprando una casa allí. Era una mansión situada muy cerca de la playa.

Cuando el abuelo de Sindore falleció, sus padres la heredaron y se convirtieron en los nuevos propietarios. Sin embargo, cuando éstos cumplieron 70 años, y sintieron que estaban en el invierno de sus vidas,

decidieron venderle la mansión a Sindore por un dólar para así evitar pagar excesivos impuestos. El traspaso de propietario parecía en la época lo más correcto, puesto que Sindore vivía en California y sus padres apenas iban por allí. Sindore nunca vivió en aquella casa, el mantenimiento era muy costoso, o sea que la ponía el alquiler y aquello le permitía jugar y apostar en el casino. Cuando nos divorciamos, Sindore se mudó a Toronto. Allí dejó de fumar y de apostar y se encontró un trabajo de vendedor para una compañía de zapatillas de deporte. No tardó mucho en venderle la casa a una pareja joven pues no quería saber nada de aquella etapa de su vida.

Una día, hubo un pequeño huracán en la zona sur de California, lo cual hizo que una palmera se cayese en la antigua mansión de Sindore. Obviamente los propietarios llamaron al ayuntamiento para que viniesen a reparar los daños causados, y así lo hicieron. Desgraciadamente, los expertos en construcción detectaron un defecto en la casa, y es que los abuelos de Sindore habían construido la propiedad de sus sueños veinte centímetros demasiado cerca de la orilla del mar, según el Código civil de California. La única solución al problema era tirar toda la parte de atrás de la casa y volverla a construir veinte centímetros más alejada de la playa, y fue lo que acabaron haciendo. El seguro de la casa pagó la factura, ni más ni menos que un millón de dólares. Aquella fue un palo gordo para el seguro, quienes se dedican principalmente a

sacar un beneficio. Por lo tanto buscaron a Sindore por todas partes. No encontraron ni rastro de él. Contrataron a un detective privado para poder sacarle una solución a aquel problema, y se enteraron de que Sindore había estado casado, en California, con una chica llamaba Desiny Dass. Lo más interesante de todo es que nos habían casado en comunidad de bienes, tal y como me aconsejaron mis amigas, lo cual les permitía acosarme por la vía legal.

Es verdad que tras el divorcio saqué una buena tajada de dinero, por eso insistí tanto al principio en lo de la comunidad de bienes. Sin embargo nunca pensé que me iba a salir el tiro por la culata. Cuando el aguacil me entregó la carta del tribunal en la que ponía que tenía diez días para pagarle al seguro de la casa un millón de dólares, me dio un mini infarto. Busqué un abogado, pero sinceramente, a quien le apetece meterse en rollos. Un juicio es el mayor dolor de cabeza que existe. Gracias a Dios mi país es federal y en los casos civiles, lo de California no tiene ningún peso legal en Nueva York.

Lo dejé correr unos meses, hasta que mi vida se convirtió en un infierno. Todos los días, el aguacil llamaba a mi puerta gritando, amenazándome con avisos legales. Aquello se convirtió en un acoso y no me quedó otra que hacer las maletas e irme de allí.

Cogí el primer vuelo que pude comprar a Nueva York y allí aterricé, en el aeropuerto de Newark, en New Jersey.

Hacía años que no iba a Nueva York y cuando regresé a mi antiguo ático en Manhattan fue como si el tiempo no hubiese pasado. Entonces empecé a revolver en mi baúl de los recuerdos y es ahí cuando encontré una foto en la que salíamos Sidney y yo y donde ponía por detrás “Mira, nuestra primera foto juntos”. Esa foto la había tomado mi padre en nuestra graduación justo antes de que llegase la limusina para llevarnos a la sala de fiestas.

Aquella noche fue épica. En el camino de vuelta a casa, cuando ya era de noche abrimos el techo de la limusina y Sidney le dijo al conductor que nos llevara a Jersey shore.

“¿A Jersey shore? Pero si allí solo hay catetos” le dije yo.

“Es para ver las estrellas, allí hay menos contaminación y se ven mejor.”

“¿Y para qué quieres ver las estrellas? Yo te las puedo enseñar si quieres.” Le respondí.

Cuando por fin llegamos a nuestro destino, Sidney me dijo “una vez mi padre me dijo que si algún día veía en el cielo una estrella bonita y estaba con

alguien especial, que le cogiese la mano a esa persona y que le diga que pida un deseo.” Entonces me cogió la mano, cerramos los ojos juntos y pedí un deseo. No me preguntó que qué deseo había pedido, y yo a él tampoco, pero el mío todavía no sé si se cumplió. Si alguien quiere saberlo, tiene que seguir leyendo.

Parte II

Mi padre es un chiita de Siria y por eso el estado islámico durante muchos años le hizo la vida imposible. Pero cuando empezaron a matar a miembros de su familia, es ahí cuando decidió abandonar su país y refugiarse en Cuba. Allí los comunistas, amigos de los Rusos y de sus aliados, lo acogieron con los brazos abiertos. Y como es de esperar, no tardó mucho en enamorarse de la isla tropical. Bueno, también se enamoró de una mulata, mi madre, descendiente de los esclavos de África y de los colonos de Europa, pero eso es otra historia. En realidad mi padre se quedó tan absorto con aquella belleza tropical que un día cogió una cámara y empezó a inmortalizarlo todo aquello que le llamaba la atención. Y fue así, poco a poco, foto tras foto, como mi padre fue puliendo sus virtudes de fotógrafo. Sus fotos y su nombre viajaron lejos hasta que un día pasó lo impensable, Fidel lo contrató como su fotógrafo personal.

A decir verdad, la vida junto a la cúpula del poder era bastante acomodada. Viajábamos gratis a muchos sitios, comíamos langostas con caviar y brindábamos champán con artistas de Hollywood. La lista de actores que conocieron mis padres era larga, pero hubo una persona en particular que se convirtió en el amigo íntimo de mi padre, y ese era Sydney Chaplin, el

hermano mayor del Dictador, pero del falso. A nosotros nos importaba un pepino el Comunismo y demás chorradas, pero al pueblo que al parecer quería comer no, y toda persona que estuviese en el círculo íntimo de Fidel estaba en peligro de que la oposición lo atacase. Y efectivamente, así ocurrió, las intimidaciones eran nuestro día a día y tengo que admitir que simplemente no nos dejaban vivir. Recibíamos amenazas constantes en nuestra propia casa, por la calle nos insultaban, en los bares nos escupían, etc. Pero un día cuando nos amenazaron de muerte en una notita que nos dejaron debajo de la puerta de la entrada, eso ya fue la gota que colmó el vaso. Hicimos las maletas, cogimos lo más necesario y dejando atrás toda una vida, nos fuimos rumbo al país enemigo. Pasamos por Miami donde nos quedamos un tiempo, también visitamos Charleston, pero donde finalmente echamos el ancla fue en Nueva Jersey, en el estado de Nueva York. En Estados Unidos nos acogieron como reyes. Entramos como refugiados y tuvimos que pasar por el proceso de refugio. A veces la vida es cuestión de suerte, y en nuestra audiencia de refugio la tuvimos doble, no solo con el abogado, que nos preparó el caso con mucho esmero, sino con el intérprete también. “Es el mejor intérprete que tenemos aquí” nos dijo el abogado, “Creo que vamos a ganar el caso, ya lo veréis”.

Pues efectivamente, sí que tuvimos suerte porque al cabo de algunas horas de

interrogaciones, el juez finalmente pronunció las siguientes palabras “Given all the evidence, your testimony and your lawyers’ observations, I grant you Refugee status” Ahí nos pusimos todos a llorar y a abrazarnos. Fue un momento muy emotivo, incluso si yo tan solo tenía siete años de edad. El intérprete se unió a la fiesta, nos abrazó y de hecho nos dio su tarjeta de visita por si necesitábamos algo.

En la tierra de la libertad construimos una nueva vida, y allí en New Jersey mi padre empezó a trabajar en una tienda de electrodomésticos. El trabajo era muy estresante y requería mucha energía por su parte, por eso empezó a coquetear con las drogas. Empezó con el tabaco, y luego se pasó a otras sustancias más estupefactas. Paralelamente, el dueño de la tienda de electrodomésticos estaba endeudado hasta el cuello y llegó un momento en el que le fue imposible pagar a sus empleados, a sus proveedores y al tío Sam al mismo tiempo.

Un día, el antiguo dueño de mi padre se puso a leer las cláusulas del seguro que tenía. Al parecer, en letra muy pequeña ponía que si pasaba algo, le compensarían con una atractiva suma de dinero. Fue así como del día a la mañana la tienda se incendió y la causa fue totalmente misteriosa y desconocida. “¿Y ahora qué, papá?” Le pregunté a mi padre.

“Ahora vamos a empezar una nueva vida.” Me respondió.

“¿otra vez?”

“otra vez hijo, otra vez.”

Pero él ya estaba ya acostumbrado. Mi padre era un superviviente con las tripas de acero, había escapado de las garras del Estado Islámico y de la oposición de Fidel. Una cosa que mi padre tenía claro era que él quería una vida bonita para nosotros, buscaba el sueño americano. Después de los incendios es cuando la tierra está más fértil, decía mi padre, y por eso no tardó en meterse en un negocio mucho más lucrativo, pero no tan admirable.

Poco a poco, y bastante rápidamente, mi padre se fue convirtiendo en el rey de la red de drogas más importante de todo Nueva York y al rededores, lo cual me dio el pasaporte para entrar en el mundo de la educación secundaria privada de Manhattan.

Fue allí donde conocí a Desiny, en clase de francés. Ella parecía estar más interesada en el idioma que yo, pues me pasaba la hora observándola sin que ella se diese cuenta. Me gustaba observar su pelo largo, lacio y negro, sus ojos grandes y resultones y su esbelta silueta mientras caminaba hacia la pizarra. Ella era muy abierta y sociable, tenía muchos amigos y eso me intimidaba

mucho. Pero un día, así de la nada, le apeteció sentarse a mi lado y aproveché la ocasión para hablar con ella. Y así fue como me hechizó aún más.

En nuestra primera cita le dije que viniese a recogerme después de mi entrenamiento de fútbol americano para ir a tomar un helado.

Pero Desiny no me gustó solo por su belleza exótica. Ella transmitía felicidad, su personalidad vibrante y su sonrisa me ponían de buen humor. Era de esas personas que nunca se vienen abajo, y cuando lo hacen, no tardan mucho en recoger los pedazos, levantarse con fuerza y empezar a caminar sin mirar atrás. Además, durante nuestro primer encuentro fuera de la escuela, dijo algunas cosas graciosas, y me hacía reír a carcajadas. En mi corta pero intensa vida había besado a muchas ranas, pero nunca había sentido algo así por nadie.

Teníamos personalidades totalmente opuestas, ella era valiente, independiente optimista y egoísta y yo era cuidadoso, exitoso, sensible e imprevisible.

A parte de bondadoso, también era un muy celoso, aunque hacía muchos esfuerzos para no mostrarlo. Cuando íbamos por la calle y algún que otro la miraba, o íbamos al banco y el ventanillas le sonreía más de la cuenta, sentía como un fuego dentro de mí explotar, pero yo como siempre, ponía cara de

póker, y no decía nada. No me hacía mucha gracia que ella anduviese por ahí regalando sonrisas a todo el mundo, y a veces quería comunicárselo, pero no con palabras, mediante un poquito de manipulación, pero de la buena. El problema es que siempre me salía el tiro por la culata pues ella tenía un alma fuerte pero el corazón ingenuo de una niña y nunca entendía mis insinuaciones.

“No sé nada de ti, nunca me cuentas nada.” me decía a veces, y a eso yo le contestaba cualquier cosa, algo tierno y sensible sobre mí, y ella satisfecha se lo creía, pues no puedo ir por ahí desvelando mi interior, es demasiado frágil para eso.

Con el tiempo, le fui abriendo las puertas de mi corazón. Poco a poco la confianza fue creciendo y a veces íbamos juntos a visitar a Nino.

Nino era el intérprete que nos tradujo nuestros testimonios en nuestra audiencia de refugio y su salario no le daba ni para pipas. O sea que se para llegar a fin de mes, se dedicaba a dar clases de idiomas por internet. Daba clases en Japón, Taiwán, Estados Unidos, Canadá, Europa, Malasia... todos los países y todo a través de la pantalla de su ordenador. El Gobierno encontró que su red de contactos tan internacional era un tanto sospechosa. Por eso le pincharon el teléfono y todos sus medios de comunicación. Nos decía que

estaba ya hasta los cojones de que lo siguiesen por la calle, pues no le pagaban suficiente para eso. Entonces es así como pillaron a mis padres, mediante una conversación telefónica entre Nino y mi madre.

Les cayó cadena perpetua, y a mi seis años de cárcel. Tenía 19 años y Desiny y yo acabábamos de terminar la secundaria. Mi abogada me dijo que si tenía buena conducta, que a lo mejor solo me caerían cuatro. Se lo dije a Desiny en la limusina, de camino al restaurante, que es cuando tuvimos la conversación. Ella me dijo que me iba a apoyar en todo momento, y me lo creo pues ella, a pesar de ser un poco excéntrica, es fiel hasta la muerte.

Uno de los grandes problemas del mundo es que el dinero, cuando no lo tienes lo es todo, y cuando lo tienes, no es nada. Y eso su padre eso lo sabía, pues había conocido ambas caras. Por eso un día vino a la cárcel y me pagó para que cortase con su hija y que la abandonase de manera cruel. Cogí mi taco de dinero, un nuevo abogado, y al mismo tiempo que abandonaba mi dignidad, mis sentimientos y el amor de mi vida, reabrí mi caso, que es así como se funciona en Norteamérica, donde no reina la Justicia, sino el dólar.

Al final resultaron ser solo dos años de cárcel, porque tuve una conducta excelente. En el centro de detención daba clases de meditación a los demás

criminales y los índices de delincuencia en aquella prisión descendieron un 70%. Cuando me pusieron en libertad, me vi incapaz de volver a mi vida normal en Nueva York. Me recordaba demasiado a mi pasado. Por eso me mudé a una reserva india.

Me alquilé un rancho en Minnesota con lo que me sobraba de lo que el padre de Desiny me había dado y allí me dediqué a elevar caballos. No muy lejos del rancho vivía una familia de nativos americanos. Estaban muy espabilados y me arrimé a ellos para que me enseñasen a vivir una vida simple. Y fue así como conocí a Desiré.

Desiré significa *deseada* en francés, y así es precisamente como la sentía yo. Era una versión fina y delicada de Pocahontas, y todavía se vestía como su gente, pero no llamaba la atención por ello, sino porque es la mujer más bella que jamás se ha visto en la tierra. Tenía los rasgos perfectamente simétricos y proporcionados.

Ella decía que no era nativa americana porque esa denominación contiene la palabra “americana”, y eso es algo muy ajeno a su pueblo. Se había criado en aquella reserva india, en Minnesota. Apenas había ido a la escuela y al igual que la mayoría de su gente, se había criado en la pobreza.

Lo que realmente nos unió era que los dos éramos dos huérfanos sin patria, sin frontera, sin himno y sin bandera, ella por haberse quedado en su tierra, y yo por haberme ido de ella. Ella me enseñó a hablarle a los caballos, a acariciar las cascadas de los ríos, a pintar fruta, a observar el horizonte y a sentir a las personas.

Desiné también odiaba las reglas, pero no las que dan por el saco, sino las de plástico del *Todo a cien* que usan los niños en la escuela, pues así fue como sus enemigos dividieron su tierra, y así fue como del día a la mañana ella y su gente acabaron viviendo en estados distintos.

Desiré era un poquito racista, no le gustaba lo nuevo, ni tampoco la conquista. Y cuando algún blanco, como el cajero del centro comercial, le decía que odiaba a los inmigrantes, que nos estaban robando el trabajo, ella le cogía la mano suavemente, y con una sonrisa dulce le decía “Amigo, eso es espléndido, ¿entonces cuando te vas?” y ahí el cajero se mordía la lengua con mala leche al no poder defenderse debidamente, pues estaba en su trabajo, y en el fondo, también era un esclavo. Fue allí cuando me enamoró un poco porque me hizo tanta gracia, y la vi tan guapa, que no pude resistirme.

Cuando salimos por primera vez fuimos a un festival en la reserva donde vivíamos, a bailar, cantar, a comer, a pasarlo bien, que era eso lo que los hacía ricos, decía Desiré. Y estoy de acuerdo, porque nunca me había sentido tan libre como en aquel momento, vestido con ropas que jamás me hubiese puesto, con la cara pintada, cantando y bailando al sonido de las flautas pero sin importarme el ritmo ni los pasos mientras los niños con plumas en la cabeza corrían en bicicleta cantando los himnos perennes de sus abuelos.

Sus padres la habían tenido muy joven y nunca estuvieron en condiciones de criarla, ni a ella ni a sus hermanos. Por eso la abuela tomó el testigo sin que nadie se lo pidiese. Un día la señora mayor, que estaba más espabilada que todos ellos juntos, leyó en el periódico local un anuncio en que publicitaban unas prácticas exclusivamente para jóvenes nativos americanos de la nación. Al parecer aquellas prácticas tenían como objetivo mejorar la situación social del pueblo autóctono. Allí te enseñaban a cocinar, a plantar judías y patatas, a escribir tu currículum, a abrir tu propio negocio, a manejar el dinero, etc. A Desiré, que ni siquiera había ido a la universidad, le llamó mucho la atención aquello y mandó su solicitud en seguida.

A las dos semanas ya recibimos la noticia de que la habían cogido, algo que se celebró por lo alto en casa de su abuela, pues el pueblo de Desiré están

acostumbrados al fracaso más que a otra cosa.

El programa duraba varios meses y Desiré tomaba las clases en el Centro de la Juventud del barrio. Allí aprendió muchas cosas útiles, a cocinar, a tejer, a montar un presupuesto, a escribir y codificar una página web. De vez en cuando también hacían excursiones por las zonas verdes de Minnesota para aprender más sobre la fauna y la flora de la región, y sobre el estilo de vida y la historia de sus antepasados. Aquellas excursiones le permitieron socializar mucho y conocer a gente de su edad, de su origen y en la misma situación social que ella.

Durante esas prácticas a Desiré le ocurrió algo esencial en la vida de toda persona, y es que descubrió su pasión. El programa era muy completo y ella apreciaba todas las actividades pues era agradecida. Pero era bastante obvio que lo que se le daba mejor a Desiré era escribir. Escribía de todo, el contenido de las páginas web, discursos, currículos, etc. De hecho escribía tan bien los currículos que acabó escribiendo el historial laboral a varias personas de la zona. Tenía un estilo particular, directo, vibrante, optimista y original.

Y como dicen no hay mal que por bien no venga, un día pasó un tragedia. En el

Centro de jóvenes perdieron a alguien muy especial. Nadie se atrevía a escribir el discurso del entierro para la ceremonia del funeral, pues estaban todos muy afectados. Desiré aceptó el reto y esto fue lo que escribió:

Hola, buenos días a todos. Estamos aquí todos reunidos para conmemorar la muerte de Julia. Y supongo que todos estáis igual de tristes que yo y que la vais a echar mucho de menos.

Seguramente todos aquí recordaréis a Julia como un alma muy alegre, sociable y cariñosa. La verdad es que dar una primera buena impresión es importante en la vida y eso a Julia se le daba muy bien.

Me acuerdo de la primera vez que vi a Julia como si fuera ayer. Ella apareció en mi vida el día de mi cumpleaños, cuando iba a cumplir los 18, y desde entonces hemos sido inseparables. Siempre he dicho que estoy muerta por dentro y que odio a las personas. Bueno, pues Julia me daba ese cariño que me faltaba y que es tan importante.

Todos los días, a las 4 de la tarde, después de las clases, las dos salíamos juntas a pasear por las montañas. Debido a mi gran afición por el azúcar, yo siempre me compraba un helado de stracciatella. Cuando le iba a pegar el primer lametón, lograba ver desde el rabillo del ojo cómo Julia parecía sonreírme con ojitos dulces. Era una de esas situaciones en las que las palabras son innecesarias; justamente son esos pequeños momentos los que hacen que todo cobre sentido.

Julia estaba emocionalmente muy atada a mí. Cuando salíamos al

parque y nos sentábamos, me acuerdo de que Julia solía contemplar el horizonte, meditar y quedarse dormida con la cabecita reposada en mi pecho mientras yo leía mis libros. Era como si necesitase esos momentos para recargar las pilas.

Julia amaba a todo el mundo, incluso a mi abuela, y creedme, eso es bastante difícil. Además, cada vez que venía alguien al Centro de la Juventud, ella era la primera en recibir a los invitados con lo que parecía una sonrisa de oreja a oreja. Seguramente muchos de los que estáis aquí podéis dar fe de eso. Ahora que Julia se ha ido y que nos quedamos todos un poco más solos, no sé si a alguien le apetecerá volver de visita. Yo, desde luego, espero que sí.

Seguramente estáis pensando que estoy idealizando las cosas. Y sí, a lo mejor soy víctima de eso. Por eso me gustaría añadir algunos de los otros aspectos de Julia que seguramente os sorprenderán. Muchos podéis pensar que Julia era muy discreta y que tenía una vida amorosa bastante aburrida. Pero, creedme, en el plano sentimental, Julia era muy activa. De hecho, cada vez que alguien del otro sexo se acercaba a ella, yo le gritaba: “¡No, no, ignóralo, que te desee!”

Julia se pasaba tanto tiempo conmigo que se ha llevado a la tumba mis secretos más profundos. Y esto va a parecer terrible, pero menos mal que Julia está muerta ahora y que no puede hablar, porque de lo contrario sería mujer muerta. Cada vez que yo hablaba por teléfono con mis amigos y les contaba mis historias más personales y vergonzosas, ella se paseaba al rededor, andando como si nada y fingía tener la mente ocupada en otros asuntos. Pero yo sabía que ella estaba

escuchando atentamente, recogiendo mi información más íntima.

Le encantaba la música country. Su artista preferida era Taylor Swift. Sabía reconocer todas sus canciones con tan solo escuchar los primeros dos segundos. Entonces se volvía loca y, de manera agitada, solía arrancarse a bailar. Nunca lo verbalizó, pero tengo la impresión de que no le gustó mucho cuando Taylor dejó de hacer música country; los discos pop de Taylor no le hacían ya tanta ilusión.

Obviamente la convivencia con Julia no era siempre de color de rosa. Compartir el sofá con ella era una auténtica tortura. Si se acostaba ella en el sofá antes que yo, la guerra estaba ya perdida. Gracias a Julia he sabido aprender a apreciar las sillas.

Siempre he dicho que mi mayor miedo era quedarme soltera y acabar sola, junto a Julia. Pero si eso fuese así, no sería tan grave, porque tener a Julia en mi vida era como tener un rayito de sol en el desierto.

La verdad es que Julia era una perrita verdaderamente especial. No sé si existe el cielo de los caninos, pero si existe, seguramente Julia está allí.

Siempre te recordaremos con mucho amor, Julia.

Su discurso causó mucho furor pues mucha gente le envió un email a las pocas horas pidiéndole que se lo mandase.

Y como Desiré tenía corazón de negociante, ahí vio la oportunidad de

emprender algo. Armó su propia página web y pronto empezó a escribir discursos funerarios en todo el estado y parte del extranjero. Al parecer era muy buena, y nunca entendí muy bien por qué.

“¿Cómo haces para escribir discursos sobre gente muerta a la que nunca has visto?”

“Bueno, uso mi imaginación, también miro las redes sociales, voy atando cabos, pregunto a familiares...y eso. Tampoco es tan difícil.”

“¿Y no te parece un poco mórbido dedicarte al mundo de los muertos?”

“No, la muerte no es siempre algo malo. También se puede ver como una oportunidad para marcar nuevos comienzos y retos”

“E imagínate que tienes que escribir un discurso funerario de un hombre que fue un capullo integral. En ese caso ¿cómo lo escribes?”

“La autenticidad es siempre lo más importante. Si mucha gente odiada a esa persona en particular, entonces pongo algo así como *Bueno, supongo que estamos todos de acuerdo con que Philip no es la peor persona que hemos conocido...*”

“Y cuándo tienes demasiado información sobre el fallecido ¿cómo haces para seleccionar?”

“pues en realidad siempre me pregunto ¿al fallecido le hubiese gustado que compartiera esta historia? Si la respuesta es no, entonces la comparto, porque eso significa que probablemente es una buena historia.”

“En realidad la gente lo único que quiere es que les cuenten una historia”

“Sí, siempre”

Y es así como pagábamos las facturas, Desiré se dedicaba a escribir la última página de la vida de cientos de desconocidos y lo que la hacía especial es que era capaz de transformar un momento tan negativo en algo positivo, en un nuevo comienzo para la familia, como decía ella. El último final al que no le escribió una conclusión fue al nuestro. ¿Y cómo pasó eso? Bueno, pues igual que las letras de nuestros nombres no coincidían del todo, nosotros dos tampoco.

Obviamente, a mí en Minnesota no se me había perdido nada, o sea que cuando Desiré me dejó me volví a Nueva York, la ciudad que en cierto modo era mi casa.

Siempre me encantaron las flores y los perfumes. Y por eso abrí una tienda de flores, al parecer es una industria que funciona bastante bien. En el estado de Nueva York nos fue muy bien pero dónde sí que explotó el negocio fue en Canadá. Nunca comprendí por qué, si estaban tan lejos, pero un día llegué a la conclusión de que todo es una cuestión de perspectiva y puesto que allí no tienen flores, bueno, solo dos semanas al año, por eso las aprecian tanto.

Encontrar un apartamento en Nueva York no es tarea fácil. Mis extensas investigaciones fueron en vano, pero un antiguo amigo me recomendó uno. Llamé al propietario y me dio cita para ir a visitarlo. El apartamento estaba en Brooklin. El dueño era al parecer un escritor famoso de unos setenta años. La casa estaba amueblada, y aquello me venía perfecto. Aquel apartamento me encantó al instante, y es que con las casas, al igual que con las personas, esas primeras impresiones son esenciales. Las paredes estaban repletas de libros y le añadían un ambiente cálido al lugar. Era como si me acompañasen en mi triste soledad.

“¿Has leído todos estos libros?” Le pregunté al propietario la primera vez que lo vi, a él y a su precioso apartamento. Entonces me dijo “Camina recto”

“¿cómo?”

“te he dicho que camines recto”

Y seguí sus órdenes.

“Ahora párate. Gira a tu derecha y coge el quinto libro de la estantería del medio empezando por la derecha. No, la de abajo, sí esa. Ahora ábrelo por la página 32. Lee en quinto verso”

Y lo leí. Era de un poeta andaluz.

mira el cosmos más hermoso: un montón de residuos que reúne el azar.

“El cosmos”. Es curioso, siempre que leía, veía o escuchaba alguna referencia a las estrellas o a la constelación me acordaba de Desiny, y de aquel día de nuestra graduación. En realidad creo que nunca llegué a olvidarla del todo. Después de aquella ruptura conocí a alguna chica, bueno a dos, o incluso a más. También estuve con Desiré. Pero nunca ninguna puedo borrar aquella huella que me dejó Desiny.

Habían pasado muchos años y seguramente ahora estaría casada, con hijos. O a la mejor divorciada. Me preguntaba si sería feliz. Seguramente que sí, mucho más que yo, aunque eso no es muy difícil. Siempre que la veía me ponía de buen humor esas ganas de vivir que tenía. Cada vez que escuchaba una canción, incluso si estábamos haciendo cola en el supermercado, se ponía a bailar en frente de todo el mundo, y a ella le daba igual y por eso me encantaba. Cuantas veces me habré acordado de ella al estar triste. ¿Y ella se acordaría de mí? Seguramente que no. ¿Qué hubiera pasado si su padre no me hubiese comprado? Esas cosas son imposibles de responder. Me acordaba de su sonrisa instantánea, de las ocurrencias que tenía. Una vez le dije que teníamos que prepararnos para ir a la fiesta de Dorothy, una amiga nuestra de clase. ¿Qué habrá sido de Dorothy? A las chicas eso de arreglarse les toma

horas, sobre todo a Desiny, que se emperifollaba como si fuese a los Óscars.

“No me apetece nada ir al cumpleaños, creo que prefiero mear en la electricidad” Mear en la electricidad, ¿de dónde sacaba aquellas referencias? Y en el fondo esa era una de las razones por las que me hui de Desiré, pues ella nunca sería Desiny.

Cuando paseaba por Manhattan y veía de vez en cuando una limusina, me acordaba instantáneamente del coche de lujo que nos condujo a nuestra graduación. Aquella noche bailamos al son de nuestra canción preferida, *Hotel California*.

*There she stood in the doorway;
I heard the mission bell
And I was thinking to myself
'This could be heaven or this could be Hell'*

Todavía me acuerdo de cómo se movía ella en la fiesta con su vestido de flores y su pelo negro y largo. De vez en cuando me daban ganas de buscarla y de contactar con ella de nuevo, tan solo para escuchar su voz. Pero nunca lo hice, pues creo que en el fondo las cosas estaban mejor así. Mi vida era solitaria, pero la compañía de las pizzas y las cervezas me eran suficiente.

Un día llamó alguien a la puerta. En los tres meses que llevaba viviendo allí

todavía nadie había ido a buscarme. Supuse que era visita para el vecino y que se habían equivocado de puerta. Pero los golpes insistieron. Apagué la televisión y cogí el bate de béisbol. Me acerqué a la puerta de la entrada y grité ¿quién es? Nadie respondió. Me acerqué a la puerta y me quedé esperando mientras pregunté por segunda vez que quien era. De repente oí el sonido de unos tacones bajar las escaleras mientras la persona se iba. Un impulso en mí me hizo abrir la puerta. Lo primero que vi fue una mujer de espaldas con una falda de cuero, el pelo negro largo y lacio, y unos zapatos de tacón. Poco después de abrir la puerta ella se dio la vuelta.

“¿Sidney?” me dijo.

Cambió de rumbo y empezó a subir las escaleras mientras se acercaba a mí. Nos quedamos unos segundos mirándonos, sin decir nada. No había cambiado mucho desde la última vez que la vi. Bueno, aunque ahora ya no era una niña, era una mujer. Pero era más guapa.

“Hola” me dijo.

“Hola” le respondí.

“Te encontré gracias a Elisha.” No respondí nada. “Me dijo que tenías una tienda de flores.”

Me quedé mirándola, lo tranquila que parecía, lo que había madurado.

“Espero no molestarte ¿te acuerdas de Elisha?”

Y asentí con la cabeza.

“No estás muy hablador”

“Su hija se curó”

“¿Cómo?”

“¿No te lo dijo? Su hija se curó. Tenía leucemia.”

“¿La hija de Elisha tuvo leucemia? Hostia, no me lo dijo”

“Sí. Pero vendieron una muñeca de valor o algo así en una subasta. Hubo un canadiense que les dio una buena suma de dinero y así pudieron pagarle un tratamiento muy bueno en Italia. Pero no te preocupes, ahora está muy bien. De hecho está estudiando en la universidad y quiere abrir una ONG para ayudar a niños con cáncer”

“No, no me dijo nada, pero me alegro mucho por ellos”

Hubo unos segundos de silencio mientras procesaba lo que me estaba pasando.

“¿No dices nada?” me preguntó ella.

Hice una mueca, no sabía qué decir.

“También he venido a desearte feliz cumpleaños. Es gracioso. ¿Te acuerdas de esa vez en la limusina que me dijiste de pedir un deseo? Teníamos 18 años y te acaban de caer 7 años de cárcel. El abogado de mi padre, que luego acabó siendo el tuyo, nos dijo que si tenías buenas conducta, igual te podrían rebajar

la pena a 5. Entonces le pedía a la estrella esa que quería que estuviésemos juntos en tu cumpleaños de los 23, cuando salieses de la cárcel.

Y bueno, no pasó así del todo, pasó en mi cumpleaños de los 32, pero entre 23 y 32, ¿Cuál es la diferencia? A parte que es el mismo número pero en orden distinto, igual que nuestros nombres. A lo mejor por eso acabamos juntos.

Me dijo que quería comprarme el perfume ese que tanto me gustaba tanto de jóvenes, Silky 2012, pero habían pasado ya tantos años que lo habían dejado de fabricar, y no lo pudo encontrar por ninguna parte. Y no, en vez de eso quiso escribirme un cuento, contándome todo sobre ella, sus ideas, lo que había pasado por su mente, qué había sido de ella estos años, que en realidad es el cuento que ahora tiene usted entre las manos, aunque yo le añadí unas líneas, porque como dicen los buenos jueces, una historia siempre tiene 3 versiones, la versión de uno, la versión del otro y luego está la verdad. ¿Y cuál es la verdad? Pues la verdad es que no creo en las casualidades. La verdad es que ella pidió un deseo, y yo otro, y aunque nos hayamos pasado la vida buscando signos y respuestas y fracasando también, me acabo de dar cuenta de que no hay más destino que el deseo.

